



Fragmento de un pais antiguo de Cassas.

25 de Octubre de 1850.

TOMO VIII. 28

FRAGMENTO

DE UN PAYSAGE ANTIGUO DE CASSAS.

Cassas nació el año 1765, y aun hoy día son muy buscadas sus aquarelas. No era un artista de primer orden, pero poseía el sentimiento de todo lo grande, de todo lo bello, y su genio se había desarrollado sobremanera con sus viajes por Italia y por el Asia Menor. Su estilo es un tanto débil, un tanto frío, pero no rutinario, y la mayor parte de los paisagistas del último siglo, queriendo huir del primero de estos defectos, han incurrido de lleno en el segundo. Después de haber pasado Cassas su juventud en Italia, en Sicilia, en la Istria y en la Dalmacia, tuvo la fortuna de acompañar á Choiseul-Gouffier á Constantinopla. Su deseo de viajar le condujo después al Asia Menor, dibujando allí los restos de los monumentos antiguos que existen en la Tierra Santa, en Balbek, en Palmira y en otros muchos lugares célebres; habiéndose ocupado, apenas volvió á Francia, en publicar sus dibujos por medio del grabado. Mas tarde fué nombrado inspector general de las manufacturas de los Gobelinos y murió en Versalles en 1827. He aquí el título de las principales obras donde se encuentran sus trabajos: «Viage pintoresco por la Istria y la Dalmacia: viage pintoresco por la Siria, la Fenicia, la Palestina y el Bajo Egipto: Grandes vistas pintorescas de los principales sitios y monumentos de la Grecia, de la Sicilia y de las siete colinas de Roma.»

EL CAIRO.

Siguiendo por el mar Rojo las costas de la Arabia Petrea, y atravesando el desierto por donde lo verificaron los israelitas huyendo de Faraon, se llega á distinguir, como un bello oasis, término de las angustias del fatigado caminante, la ciudad del Cairo, capital de Egipto, pueblo considerable edificado sobre abrasadas arenas al pie del monte Mogatam, á seis millas escasas de las Pirámides y á 2,800 pies de la ribera derecha del Nilo.

Fundada esta célebre ciudad en el año 759, bajo el reinado de Aroun-al-Raschid, ha sido constantemente la morada real de los diversos dominadores del Egipto moderno. La época de su mayor esplendor data del tiempo de los califas, y termina en la espulsion de los mamelucos por los sultanes de Constantinopla.

A contar de este suceso que se refiere á la conquista de Selim en 1517 hasta la invasion francesa de 1798, la decadencia de esta ciudad famosa ha sido en extremo visible. Durante los cuatro años de ocupacion, del 98 á 1802, la administracion francesa atrajo sobre el Cairo cierta ráfaga de prosperidad que duró muy breves dias: no estaba salvado á los hombres de entonces el terminar la obra de la regeneracion de Oriente. Los ingleses se apoderaron á su vez del Cairo en 1802, pero al año siguiente, después del tratado de Amiens, fué definitivamente restituido á la Sublime Puerta, quien destinó para su gobierno un virey feudatario de su corona.

En esta época volvió á tener una importancia considerable la ciudad de los califas: su poblacion, que en los años de la invasion francesa no ascendia mas que á 260,000 habitantes, se aproxima hoy á 600,000, de los que mucha parte son europeos y griegos.

Los establecimientos de utilidad general que principalmente se encuentran en el Cairo son los bazares, los mercados y los almacenes. Estos depósitos comerciales abiertos de continuo á los compradores, ofrecen á los ojos del extranjero el aspecto de una inmensa feria organizada admirablemente. Todas las industrias y oficios ocupan allí el bazar ó la tienda que les es propia, y las contrataciones se verifican con grande economia de tiempo y una perfecta regularidad. Los almacenes son sencillos interior y esteriormente.

En el artículo que tenemos pensado escribir sobre *Alejandro*, diremos algo acerca de la importancia comercial que promete á este bellissimo pueblo, el movimiento de regeneracion dado á sus posesiones por el difunto pachá. En efecto, las ventajas de su posicion geográfica, la escelencia y estension de sus puertos, su vecindad con Smirna, Beyruth, Constantinopla, las islas del Archipiélago, Malta, Chipre, Sicilia, Trieste, Liorna, Génova, Niza, Marsella y Barcelona, y hasta la influencia que ejerce todavía el recuerdo de su antigua preponderancia marítima, todo parece indicar á *Alejandro* como el único depósito comercial posible del Egipto con los puertos del Mediterráneo, y aun como la única comunicacion abierta á las importaciones y esportaciones de esta fértil comarca.

El Cairo por sí solo tiene otro porvenir y otra fisonomía diferentes. *Alejandro* es la ciudad esencialmente comercial y comerciante, es el bazar: el *Cairo* es la ciudad mas positivamente productiva, es la fábrica. En la primera de estas dos ciudades no se ve apenas ningun rasgo característico de la vida actual de los turcos: los europeos son en ella tan numerosos, y su influencia en los negocios es tan poderosa, que casi puede asegurarse que son ellos solos los que explotan esclusivamente las riquezas agrícolas y manufactureras del pais.

En el *Cairo* solamente se encuentra el verdadero tipo nacional: allí es en donde sobre todo se manifiesta la vida industrial del Egipto, la vida que le es propia y característica, la que debe aclimatar con el tiempo sobre el antiguo pais de los Faraones las maravillas de la civilizacion moderna. Desde allí se estiende sobre ambas orillas del Nilo ese pensamiento de produccion activa que da un nuevo vigor á su prodigiosa fecundidad, que las cubre de máquinas y plantaciones, y abre útiles vias de comunicacion por todas partes. En el Cairo y en Boulag es en donde en un radio de algunas millas, supo centralizar el último pachá Mehemet-Ali sus medios de accion sobre todo el Egipto, echando las bases de su próxima y futura prosperidad.

Observando la marcha de las civilizaciones extranjeras, comprendió Mehemet-Ali que no podía sacar á su pueblo de la barbarie y la miseria mas que iniciándolo en los secretos de una educacion liberal y humanitaria. Firme en su creencia abrió desde luego numerosas escuelas elementales, haciendo que algunos jóvenes escogidos pasasen á Francia, Alemania, Italia é Inglaterra á estudiar las nuevas instituciones, y á perfeccionarse en los mejores métodos de enseñanza, que debian aplicar mas tarde á su pais. La fundacion de escuelas especiales siguió de cerca á estos primeros esfuer-

zos, y el Egipto tuvo sucesivamente colegios científicos, escuelas industriales, de administración, de medicina, etc., etc.

El pachá obligaba á aceptar á sus pueblos ignorantes las maravillas de nuestras artes mecánicas é industriales, los tejidos de algodón, lana y seda, las fábricas de pólvora y fundición, las construcciones navales, las imprentas tipográficas y litográficas, y los molinos de papel, etc., etc.

El *Cairo* encierra dentro de sus muros la parte mas considerable de estas magníficas fundaciones creadas todas por Mehemet, y de las cuales fué durante su vida el primer director.

Pero lo que hubo mas admirable en ese hombre de genio semi-bárbaro fué la prontitud con que su actividad realizaba lo que su pensamiento acababa de concebir. La mayor parte de sus grandes proyectos han sido determinados espontáneamente por una simple indicación, y á veces en presencia de un elemento de progreso, que era dudoso para imaginaciones menos diestras en seguir atrevidamente las consecuencias que se desprenden de un hecho ó de una idea grande y provechosa. Todas las obras públicas ejecutadas bajo su reinado ofrecen el ejemplo de esas determinaciones instantáneas de que acabamos de hablar. La construcción y rectificación de los canales de Egipto, el desecamiento de lagos y pantanos, el establecimiento de líneas telegráficas, la construcción de diques y carreteras, la apertura de minas y pozos artesanos, la fortificación y reconstrucción de las ciudades antiguas y el alumbrado de gas, todos estos trabajos, principados en una vasta escala, han visto su terminación como por encanto.

Los diques del Nilo comenzados en 1832, bajo los muros del *Cairo*, tienen un carácter de grandeza que prueba que en todo tiempo ha sido el Egipto la tierra clásica de las concepciones gigantescas. Por medio de estos asombrosos diques se trata nada menos que de regularizar los desbordamientos del Nilo, cuyas inundaciones periódicas dan al suelo de Egipto una fertilidad sin ejemplo, ó la mas triste esterilidad. Al mismo tiempo deberán reducirse tambien las bocas del río á dos líneas navegables, que han de tener principio en la punta del Delta. El personal empleado en estas obras se elevó en algun tiempo á 50,000 hombres, dirigidos y regimentados por un bey, quien sobre el terreno mismo de los trabajos, sobre aquel campo de batalla industrial, formaba segun las inspiraciones del pachá su nueva escuela de obras públicas. Los estragos de la peste y del cólera en 1835 paralizaron un tanto este proyecto, que mas tarde fué emprendido con nuevo vigor; de manera, que á la hora en que escribimos estas líneas debe hallarse terminado completamente, si como nos aseguran, el nuevo pachá no se niega á sostener el impulso dado por su antecesor á los intereses del Estado.

No pasaremos mas adelante sin hacer mencion de una obra atrevidísima, de utilidad mas general que las que llevamos citadas, y con la que el difunto Mehemet estuvo singularmente preocupado durante su vida; tal es la union de los dos mares que separa el istmo de Suez; proyecto de todos los tiempos y de todos los hombres pensadores, mil veces concebido y otras tantas declarado impracticable, y cuya ejecución no parece imposible sin embargo. ¿Pero cómo habrá de cortarse esa barrera que detiene en su marcha á las aguas del mar Rojo? Esa fué la cuestion principal, objeto de los grandes estudios del pachá. Lo que no tiene duda, sin embargo, es que los árabes ilustrados de la escuela de Me-

hemet no han abandonado su proyecto, y que el istmo de Suez desaparecerá tal vez mas tarde bajo la dirección de un gefe bárbaro, abriendo una via general y barata á las expediciones marítimas que explotan el rico comercio de las Indias. Un suceso de tanta importancia debe producir una gran revolucion en Oriente: el Egipto lo sabe, ó lo presume al menos, porque la causa de su ruina y su miseria, y del embrutecimiento en que ha vegetado desde hace tantos siglos es sin duda alguna el descubrimiento de Vasco de Gama, la navegación de la India por el tormentoso cabo de Buena Esperanza.

Por eso Mehemet-Alí no opuso dificultad á la compañía peninsular y oriental inglesa, cuando hace pocos años quiso esta establecer una comunicacion rápida por medio de vapores entre los puertos de la Oceanía, China y el Indostan, sus posesiones de Oriente, y las de Malta, Corfú y Gibraltar, sus centinelas de Occidente. La via de Suez fué abierta al tráfico monopolizador de un solo pueblo que ofreciera entonces la concurrencia comercial de las demas naciones, y los ingleses fueron solos los que, aparentando un interes patriótico y laudable por el Egipto, se apresuraron á celebrar con Mehemet-Alí ese tratado por el cual debia el pachá franquear el istmo de Suez, sin traba alguna, para dos expediciones mensuales de la compañía inglesa, reservándose tan solo los productos del tránsito. El pasaje de Egipto comprendido entre Alejandria y Suez por el Nilo, el canal Mahamud y el desierto se halla en su consecuencia franco y espedito desde 1843 para todo el que se proponga hacer el viage de Occidente á Oriente y vice versa, á bordo de los vapores de la compañía peninsular inglesa, única que ha sabido arrancar el privilegio de esta importante línea de navegación tan disputada en otro tiempo.

El pachá tiene montado su servicio con cierto lujo si se atiende que en medio del desierto donde no hay mas que abrasadas arenas se encuentran de seis en seis millas casas de parada para el relevo de caballos, y de nueve en nueve, otras provistas de cuantos recursos ha hecho indispensables para la vida la refinada cultura de los europeos.

Las 120 millas que se navegan por el Nilo hasta el pueblecito de Atfé, donde se encuentran las grandes esclusas del canal Mahamud, y las 48 que este se estiende hasta Alejandria, se hallan servidas por vapores egipcios y otros buques de la compañía del tránsito. Las 84 millas de desierto que median desde Suez al *Cairo*, se andan en carruages de dos ruedas, tirados por cuatro caballos árabes de increíble fogosidad: estos carruages son de buena construcción y admiten seis asientos con alguna estrechez, sin contar el negro ó árabe que hace de tronquista y otro que marcha de zagal: las expediciones se verifican en caravanas de cuatro ó cinco carruages, con su gefe egipcio que marcha siempre á la cabeza y va encargado de la buena dirección. El pasaje de todo el tránsito cuesta unos 1,100 reales por persona, comprendido el abono que se hace por la mesa del desierto y la de los vapores del Nilo y el canal.

En realidad el istmo de Suez continúa cerrado para todas las naciones menos para la Inglaterra, que, como queda dicho, ha sabido conquistar en una escala inmensa el monopolio comercial de esta importante via. Los ensueños del pachá por lo que toca á la regeneración civilizadora de su pueblo, se han convertido en humo: el Egipto ve cruzar todos los meses por sus pueblos y ciudades á una porción de comer-

ciantes y aventureros, quienes en su ambicioso deseo de dominarlo todo, apenas dejan en ninguna parte el menor síntoma de su existencia. Para complemento de desgracia Mehmet-Ali acaba de morir, devorando el ultraje hecho á sus patrióticos instintos por la nación que en un principio quiso elevar el Egipto á la categoría mas grande de los pueblos civilizados, y que despuesha contestado siempre con oro á las nobles y dignas reclamaciones del pachá.

Deben verse en el Cairo las famosas Pirámides, monumentos de bárbara grandeza, situados á la entrada del desierto, como á unas seis millas de la ciudad; la mezquita de Ihasam que cuenta, segun dicen, mil años de antigüedad, y se halla revestida de una magnífica tapicería de Persia; la ciudadela, construida en la parte mas elevada del monte Mogátam, donde se hallan tambien el palacio del pachá, y una suntuosa mezquita de mármol de colorés, que se está edificando, y que terminada que sea habrá de contarse indudablemente entre las grandes maravillas del mundo.

Deben visitarse tambien la sala de justicia, el pózo de Josué, hijo de Jacob, las ruinas venerables de la antigua Menfis, y el lugar donde, segun tradicion conservada entre los árabes, estuvo sentada la Virgen Maria con su hijo en brazos, despues de pasar el desierto. Ningun cristiano puede acercarse á este sitio sin experimentar una profunda y viva emocion, al considerar los trabajos y penalidades que sufriria en su huida á Egipto, la madre del Salvador, entregada á su propia suerte, sin mas recursos para atravesar los arenales que una débil borriquita, y acaso sin agua para apagar la devorante sed que producen los rayos encendidos del sol que domina en el desierto.

Este sitio está señalado por una piedra cubierta con una especie de cenador, que han hecho de intento los árabes, y en ella aseguran que estuvo sentada la que llaman madre de los Nazarenos, con el precioso niño que mas tarde habia de llevar á cabo con su sangre la redencion del mundo.

La piedra se halla cubierta, como las Pirámides y el obelisco de Cleopatra, de nombres ingleses, franceses, italianos, alemanes, y alguno que otro español, que á puro de paciencia se descubre en estos célebres monumentos. Esta circunstancia, que tanto lastima el orgullo nacional, es la que nos ha decidido á dejar consignado nuestro nombre dondequiera que hemos visto otros de atrevidos navegantes, ya fuese sobre monumentos de la China ó de la India, ya sobre los de Arabia, el Africa y el Indostan.

Tambien es digno de verse el bazar de los turcos, y sobre todas las curiosidades que existen en el Cairo, los jardines llamados del *Schupra*, que esceden en gusto, esplendor y magnificencia á los mas célebres de Europa.

No es fácil entrar en un detalle minucioso de estos encantados lugares, porque ni tiempo queda á la vista sorprendida para analizar con detenimiento los diferentes objetos que van hiriendo la imaginacion entre agradables perfumes y ecos armoniosos. Lo que desde luego sorprende, y es capaz de dar un chasco al mas pintado, es la circunstancia de que este pequeño Eden terrenal, tan querido de los califas, se halla rodeado de una miserable tapia de adobes, con una puerta raquitica que da la entrada á los jardines. El *Schupra* es la morada predilecta del pachá, donde este tiene su palacio de recreo, con el harem indispensable adherido á las habitaciones reservadas. En el momento de visitarlo nosotros, en julio de 1849, habia encerradas en este pobre ser-

rallo mas de 500 odaliscas, entre circasianas, georgianas, turcas y abisinias de las mejores razas.

El *Schupra* se halla del Cairo á unas cuatro millas, que se recorren en burro en poco mas de una hora. Los burros árabes son de un linage singular, pues con la mayor frescura del mundo, suelen estarse galopando cinco y seis horas seguidas, sin fatigarse; y lo que es mas, sin arrojar al gineto por las orejas, como acontece con frecuencia en nuestra tierra de promision.

De vuelta del *Schupra*, no se encuentra ya en el Cairo mas que un punto de vista que logre distraer al viajero; este puede disfrutarse desde la cima del monte Mogátam, célebre por haber presenciado el degüello de los mamelucos, la batalla de las Pirámides, y otra multitud de sucesos antiguos y modernos, que forman la parte mas esencial de la historia de Egipto. Desde la cima de este elevado monte se descubre, sirviéndole de base en un prolongado y magestuoso semicírculo, la opulenta ciudad de los califas con sus altos y agudos minaretes, y sus soberbias mezquitas; á la derecha, el Nilo con su encantada vega, rica y brillante como la de Granada; á la izquierda las Pirámides, Eurbabet, y en lontananza el desierto con sus cambiantes de azul y nárar, sus argentadas arenas y sus divinos oasis, colocados por la Providencia en aquella naturaleza desolada para consuelo del caminante. No hay en el mundo un panorama mas sorprendente: la vista se pierde en el horizonte entre cármenes floridos ó arenales sofocantes, y el corazon se dilata con la idea de Dios, que ha querido formar tan magníficos contrastes en un pais, cuyo rito profano eleva la sensualidad á la categoría de las creencias mas puras. El caminante, que con la Biblia en la mano—que es el libro del viajero en Egipto—se entrega un momento á la meditacion desde las alturas de Mogátam, no puede menos de volver desconsolado y triste á perderse en el confuso laberinto de las calles del Cairo.

El Cairo es la ciudad de Levante en donde las mugeres se presentan todavia mas herméticamente tapadas. En Smirna y Constantinopla, una gasa negra ó blanca, permite adivinar á veces los rasgos mas pronunciados de las bellas musulmanas, sin que los edictos mas violentos logren condensar jamás sus vaporosos velos: son aquellas turcas unas especies de monjas muy graciosas y muy coquetas, que consagrándose á un solo esposo de la tierra, no suelen tomarse el mayor sentimiento por inspirar amor á otras personas. El Egipto por el contrario, es siempre el pais misterioso de los enigmas; sus bellezas van como antiguamente cubiertas con tupidos mantos, causando con su silenciosa y fria actitud un desaliento intimo al frívolo europeo, que á los cuatro dias de permanencia abandona el Cairo y marcha hácia las cataratas del Nilo en busca de otras nuevas decepciones que le reserva la ciencia, y con las cuales no quiere ni puede convivir.

La paciencia era la virtud mas poderosa de los iniciados antiguos. ¿Por qué no aguardais como ellos y procurais levantar un extremo del velo austero que oculta á la diosa de Saís? ¿No os infunde alguna esperanza el observar que en un pais en donde las mugeres pasan por vivir prisioneras, nos las ofrecen todos los días á millares las calles, los jardines y los hazares, marchando solas á la ventura, reunidas de dos en dos, ó acompañadas tan solo por un niño? A la verdad que las europeas no son ni con mucho tan libres. En Egipto se presentan las mugeres de distincion montadas á caballo

sobre asnos y en posiciones en cierto modo inaccesibles; por acá, en nuestra tierra, las mugeres del mismo rango no salen nunca sino en carruaje. Queda el manto de contrapeso contra las turcas; pero este no es una barrera tan invencible como se piensa.

Entre los ricos trages árabes y turcos que la reforma ha perdonado, el misterioso de las mugeres da á la multitud que invade las calles, el alegre colorido de un baile de más-

caras. Las señoras de clase ocultan sus formas bajo el *habbarah* de tafetan negro, mientras que las mugeres del pueblo se visten graciosamente con una simple túnica de lana ó cotton azul (*khemiss*), como se ve en las estatuas antiguas. La imaginacion encuentra cierto placer en el incógnito de estos rostros femeninos, que por fortuna no se estiende á todos los demas encantos. A cada paso se ven manos delicadas cuyos dedos ostentan anillos talismánicos, y en



Vista de la ciudadela y de la gran mezquita del Cairo.

ocasiones brazos bien torneados con brazaletes de plata, que se destacan de las largas y amplísimas mangas del trage turco. Otras veces se ven pies desnudos cargados de anillos, que la babucha abandona á cada instante, y que al chocar con el suelo producen un dulce ruido metálico. Todo esto le esta á uno permitido adivinar, admirar y aun sorprender, sin que la multitud se sobresalte, ni la misma muger observada parezca fijarse en ello.

En algun caso los flotantes pliegues del velo azul y blanco que cubre la cabeza y las espaldas, se dilatan sensiblemente, y la claridad que entonces se manifiesta entre la toca y la máscara prolongada, llamada *borghot*, deja ver una cabeza graciosa, cuyos cabellos negros estan peinados á la manera

de los bustos de Cleopatra, y unas orejas pequeñas, que ostentan sobre el cuello y la megilla grandes pendientes de perlas, ó de turquesas y filigrana. Entonces siente uno la necesidad de interrogar á los ojos de la egipcia, pero en ellos precisamente es en donde está el mayor peligro.

El antifaz de las mugeres de Egipto se halla formado por un pedazo de tela blanca ó de crin negro, estrecho y largo, que baja desde la cabeza á los pies, y se halla abierto por dos ó tres puntos como la cogulla de un penitente: algunos anillos brillantes destellan sus fulgores en el intervalo que media desde la frente hasta la barba de la máscara, y detras de esta muralla impenetrable, que ninguno tiene derecho á derribar en Oriente, dos ojos negros como el azabache, ar-

mados con todas las seducciones que pueden conquistar del arte, dirigen á uno sus terribles y mortíferos dardos. Las cejas, la órbita del ojo, las pestañas y hasta la misma pupila, están avivadas con un color artificial que aumenta su atractivo. Es imposible sacar mayor partido de lo poco que una muger tiene derecho á mostrar á todo el mundo en esta tierra.

Al principio no se comprende el interés que encierra ese misterio que rodea á la mas hermosa mitad del pueblo de Oriente, pero al cabo de algunos dias de permanencia en el Cairo se observa perfectamente que la muger que conoce que la miran, si es bella, halla siempre algun medio ingenioso para dejarse ver. La que no lo es conserva á todo trance su rigoroso incógnito, y como está uno bien seguro de que la fealdad se oculta como un crimen, cuando se percibe alguna forma á través del ladino manto, es siempre jóven, bella y graciosa. Indudablemente es el Cairo el país de los sueños y de la ilusion.

La ciudad tiene como sus habitantes el mismo aire misterioso, y no enseña de una vez sus reservados encantos.

Nunca he sentido mayor abatimiento que el dia de mi llegada al Cairo: algunas horas de paseo sobre un asno en compañía de un dragoman (1) me habian demostrado que iba á pasar allí los momentos mas tristes de mi vida, y estaba dispuesto á abandonar la ciudad tan pronto como viese sus monumentos. Qué, me decia yo á mi mismo, ¿es esta la ciudad de las *Mil y una noches*, la capital de los califas fatimitas y de los sultanes?... Y apresuraba mi salida del intrincado laberinto de estrechas y sucias calles, por entre una nube de perros, asnos, camellos y hombres andrajosos, para llegar á la fonda de Oriente antes de ponerse el sol, cuyo crepúsculo desaparece luego, merced al polvo que oscurece el cielo á la altura de las casas.

¿Qué esperar de ese confuso laberinto, grande quizás como Paris y Roma, de esos palacios, de esos jardines y de esas mezquitas que se cuentan á millares? Todo esto ha sido espléndido y maravilloso, sin duda alguna, pero han pasado ya sobre ello treinta generaciones, y las piedras de las casas se deshacen, las maderas crujen de viejas, y no parece sino que uno viaja en sueños por alguna ciudad antigua habitada solamente por fantasmas.

Cada cuartel, rodeado de murallas y de almenas, conserva todavía el carácter que tuvo, á no dudarlo, en la época de Saladino. En algunos puntos hay pasajes abovedados que conducen de una calle á otra, pero en otros, y con mas frecuencia, los hay que no tienen salida y es preciso volver atrás. Poco á poco todo se va cerrando: los cafés quedan solamente iluminados, y los fumadores, sentados en sillas de

palma, escuchan á la vaga luz de una antorcha alguna larga historia referida con acento nasal.

De repente los *moucharabys* se iluminan: son estas una especie de persianas trabajadas con esmero que se proyectan sobre la calle, y hacen el oficio de ventanas: su luz no es suficiente para alumbrar la marcha del transeunte, y aun así desaparece muy pronto, porque luego suena la hora de silencio en Oriente, y ya nadie puede andar por las calles sin linterna. A estas horas no se encuentran en el Cairo mas que europeos y soldados del pachá que hacen la ronda.

En ningún país del mundo abundan tanto los perros como en China y en Egipto. Los cincuenta y tres cuarteles amurallados en que está dividida la ciudad del Cairo, de los cuales pertenecen algunos á las naciones copta, griega, y turca y judía; cuentan millares de individuos de la raza canina, que sin pertenecer á dueño conocido, andan aullando constantemente por la ciudad en persecucion del horrible trage negro de los europeos. Despues de salir del cuartel franco, donde se hallan los bazares de Europa, montados con todo el lujo de las ciudades de Occidente, puede uno estar seguro de que el ruido y el tumulto de personas que deja á su espalda, ha de reproducirse bajo la forma de una bandada de perros ladrones, que siguen con encarnizamiento á su asno, y no lo dejan hasta llegar á los límites extremos del cuartel, donde se detienen gruñendo, porque sin duda conocen aquellas divisiones tan bien como el árabe; pero en salvando el estrangero la barrera del cuartel siguiente, una nueva escolta perruna reemplaza á la anterior, y va siguiéndole hasta que el intruso abandona su territorio.

A los pocos dias de mi llegada al Cairo quise recorrer sin guia las calles mas populosas, y empecé sin mas examen á cruzar pasos y encrucijadas por entre la multitud sorprendida de ver á un franco (asi llaman á los europeos) marchar á pie y sin dragoman por la parte árabe de la ciudad. Ibame deteniendo á las puertas de todas las tiendas examinándolo todo con cierto aire de sorpresa inofensiva que me atraia muchas sonrisas. Debian decir unos:—ha perdido su dragoman; quizás no tiene un chelin para ajustar un asno. Otros tal vez compadeciesen al estrangero, extraviado en aquella batahola de tiendas y talleres. Habia hecho ánimo de no cuidarme de demostraciones ambiguas, y me detuve un momento á mirar á tres herreros que trabajaban una gran plancha de hierro, al compás de una cancion árabe, cuyo ritmo iba marcando todos sus golpes. De repente volvi la vista y me encontré con dos mugeres que estaban riéndose de mi curiosidad.

Aunque estrangero y muy torpe, conocí desde luego por el manto de tafetan negro y la toca de levantina verde que mis desconocidas no pertenecian á la clase de las naranjeras de *Mousky*. Quise dirigirme hácia ellas, pero al momento se envolvieron en sus mantos y escaparon. Las seguí gran trecho por una larga calle atestada de bazares, ante cuyas muestras iban deteniéndose las dos egipcias, y rehusando con un supremo desden, ora las sederias de Beyrouth, ora los brocados de Damasco, ora los turbantes de Brousse, que cada comerciante con la pipa en la mano presentaba á su vista. Las tapadas misteriosas buscaban telas de Constantinopla. Constantinopla da la moda al Cairo, como Paris á Madrid. Un comerciante las hizo ver varios rollos de muselina pintada horriblemente exclamando *Istambolda* (Stambul), y

(1) El dragoman del consulado español en el Cairo, es un argelino bonachon, llamado Mohamud, que sirve con el mayor entusiasmo y desinterés á los españoles transeuntes. Desea mas que las recompensas en metálico las muestras de estimacion hácia su persona, y lleva para enseñarlo á todo el mundo con orgullo, una especie de registro donde hace escribir el nombre y apellido del español á quien consagra sus servicios. Este *cartelo*, como él dice, cuenta ya varios nombres de personas notables, y piensa presentarlo á S. M. la reina de España, cuando reuna mayor número, para ver si se digna concederle alguna cruz de distincion, que es el sueño dorado de su vida.

Ya que no podamos ayudar en sus deseos á este honrado africano, tenemos cuando menos la satisfaccion de darlo á conocer á nuestros compatriotas.



las tapadas lanzaron gritos de admiración. Las mugeres son lo mismo en todas partes.

Me aproximé á la tienda con aire de conocedor, y fijándome en una tela de fondo amarillo con ramos y dibujos de color de vino, *tayeb* (1) exclamé (*esta es muy linda*). Mi observación pareció agrandar á las desconocidas, puesto que su elección no vaciló mas tiempo. El comerciante hizo la cuenta con una especie de medida llamada *pic* (2), y dió el paquete á un muchacho para que lo llevase á las damas.

En medio de todo esto me figuré que una de las dos tapadas me miraba; su marcha incierta por otra parte, las risas que las dos ahogaban al volverse y ver que las seguía; el manto negro levantado de intento para dejar ver una careta blanca, signo de clase superior; en fin, todas esas evoluciones que en los bailes de máscaras suele hacer un dominó que quiere seducirnos, parecieron indicarme que las egipcias no experimentaban hácia mi sentimientos muy feroces.

Había llegado el momento de volverme á la fonda, ¿pero en dónde estaba el camino? En el Cairo no tienen nombre las calles, las casas no tienen números, y cada cuartel, rodeado de muros, es en sí mismo un laberinto de los mas completos. No sabía qué hacer, y en la duda preferí seguir á las dos mugeres.

Dejamos los bazares atestados de gente, donde todo es relumbrante, donde el lujo de las mercaderías forma contraste con el gran carácter de arquitectura y esplendor de las mezquitas, pintadas á grandes fajas amarillas y rojas. Cruzamos muchos pasages abovedados, muchas calles estrechas y sombrías, cuya frescura es un refugio contra los ardores del sol de Egipto, y da á la población las ventajas que se disfrutan en otras latitudes menos abrasadas. Esto explica el secreto de la blancura mate que muchas mugeres turcas ocultan bajo sus velos.

Pero ¿qué pensar éntretanto, de las vueltas y revueltas que me hacian dar mis desconocidas? ¿Huían en realidad, ó me servían de norte en mi expedición aventurera?... Al cabo de algun tiempo nos hallamos enfrente de una casa de bella apariencia, con adornos magníficos esculpidos en la fachada. Una de las damas introdujo una llave en la cerradura de la puerta y ambas desaparecieron por ella. Yo también entré en su seguimiento por un oscuro zaguan, y heme aquí que me encuentro, antes de reflexionar en lo que hacia, en un inmenso patio rodeado de galerías y dominado por las mil barbacanas impenetrables de los *moucharabys*.

Las egipcias habian desaparecido de mi vista, y quise volverme atrás con la formal intención de ganar la puerta, pero un esclavo abisinio robusto y gigantesco, estaba allí, al parecer, con ánimo de oponerse á mi salida. Necesitaba una palabra para convencerle que me habia engañado de casa, que habia creído entrar en la mia, y no hallaba en mi repertorio de voces orientales mas que el socorrido *tayeb*, el cual por ámplio y universal que yo quisiera hacerlo, no me parecia suficiente para explicar tantas cosas. En esto senti

un gran ruido que partía del fondo de la casa: muchos criados salieron sorprendidos de las caballerizas: algunos gorros encarnados se dejaron ver en el terrado del primer piso, dando paso á un turco magestuoso que se dirigió al fondo de la galería principal.

En momentos semejantes, lo peor es abatirse. Me acordé de pronto haber oído decir que la generalidad de los musulmanes sabian la lengua franca (lengua, que en el fondo, no es mas que una mezcla de los dialectos meridionales de Levante), y recopilando todas cuantas palabras italianas, francesas, griegas y catalanas pude hacer á la memoria, compuse un discurso muy sublime y muy capcioso, que hubiera hecho llorar de risa á otros que no fueran turcos. En resumidas cuentas, me decia yo á mi mismo, mis intenciones son puras; una al menos de las dos mugeres debe ser hija ó hermana de la otra: si no hay otro remedio me caso, y Cristo contodos, así como así, hay cosas que no pueden evitarse....

El turco, en medio de todo, tenía el aire venerable de un patriarca: era grueso y elevado de estatura, y no anunciaba por cierto su fisonomía, la ferocidad instintiva de sus colegas. Cuando me vió mas enmarañado en el difícil empeño de acumular sustantivos, los mas extravagantes que habian resonado jamás en las escalas de Oriente, me dijo tendiéndome la mano con una sonrisa maliciosa.—Querido compatriota, tomaos el trabajo de entrar en casa, y hablaremos cuanto gustéis en nuestra lengua.

¡Oh sorpresa! aquel bravo y bondadoso turco era español como yo.

Entramos en su casa, que por cierto era magnífica, tomamos asiento en un rico divan, se nos sirvió el café con pipas al estilo del país, y yo procuré explicar con mas elocuencia en la lengua nativa de qué modo habia penetrado en aquella casa creyéndome empeñado en uno de esos infinitos pasages que atraviesan el Cairo en todas direcciones. Una sonrisa burlona de mi huésped me hizo conocer que se hallaba tan bien informado como yo respecto á mis intenciones. A pesar de eso nuestra conversacion fué tomando poco á poco un aire señalado de intimidad. En Egipto como en Turquía y en la India, la amistad se anuda pronto entre compatriotas.

Mi amigo el turco me convidó á su mesa: cuando hubo llegado la hora de comer, vi entrar en el salon á dos mugeres, cuya hermosura era mucho mas brillante bajo el rico traje oriental con que iban adornadas. Una era la muger del turco, y la otra hermana de su muger, mis desconocidas del bazar de las circasianas, dos españolas como yo. ¡Qué chasco tan estupendo!.... Reprendieron mi osadía en recorrer las calles de la ciudad sin asno y sin dragoman, motejaron con burlas encantadoras mi persecucion asidua detrás de dos dominós, que evidentemente no revelaban ninguna forma, y que lo mismo podian ocultar á dos viejas que á dos negras. Mis benditas paisanas no quisieron concederme el mas mínimo gusto en una elección, donde ninguno de sus encantos estaba interesado; porque es preciso decir, en honor de la verdad, que el *habbarah* negro, menos atractivo que el sencillo velo de las jóvenes *fellahs*, hace de la muger un paquete sin forma, muy semejante á un globo aerostático cuando comienza á hincharse de gas.

Cuando la comida, servida enteramente á la española, hubo acabado, dos criados árabes se dispusieron á enseñarme el camino del hotel de los hermanos Colombi, en el Cuartel Franco. Yo me despedí de mis huéspedes hasta el siguiente

(1) *Tayeb* es el fondo de la lengua de Egipto: es una palabra que, segun la entonacion con que se pronuncia, significa toda clase de cosas; quiere decir, bien, ó ahora si que va bien, ó esto está perfecto, ó á vuestro servicio, etc. Es casi un equivalente del *goddam* de los ingleses.

(2) El *pic* corresponde á un pi y nueve pulgadas de la vara castellana.

te día en que quedé convidado á comer en los jardines del español-turco.

Renunciamos á dar mas pormenores acerca de nuestro amigo el egipcio, porque su modestia y otras fundadas razones no nos perdonarian jamás el haberlo sacado á relucir en los periódicos de su patria. Emigrado como otros muchos en 1823, fué á parar con su cuerpo á Egipto, donde entró al servicio de Mehemet-Ali, de ese hombre eminente que tan bien supo apreciar en todo tiempo la bizzarria española. Sus servicios, y sobre todo su talento, le consiguieron una fortuna colosal y el grado de bey (dignidad militar, equivalente á la de brigadier entre nosotros). Entregado de jóven á las seducciones de su nueva patria, tuvo su bonito serrallo compuesto en parte de bellezas del Sennar, de la Aysinia y aun de la misma Arabia; pero entrado en años mas tarde, las ideas de Europa, y en especial las de su patria, le habian hecho casarse con una hermosa jóven, hija de otro emigrado; y como el gran Soliman, al desposarse con Roxelana, ó como español mas bien amamantado en los sentimientos de culta galanteria y veneracion hácia las damas, el mismo día de sus bodas con la española habia regalado todo su serrallo.

Pocos dias despues de nuestra aventurera expedicion por las calles del Cairo nos embarcamos en el Nilo en el vapor *Roseta* con direccion á Alejandria.

En Egipto viven otros españoles que no son turcos como nuestro amigo, desempeñando elevados destinos y altamente considerados por el pachá. Con uno de estos, el señor Lafuente, tesorero que fué del difunto Mehemet-Ali y en la actualidad de Abás-Pachá, tuvimos la fortuna de hacer el viage desde Alejandria á Marsella por Malta é Italia. A su amabilidad para con nosotros y á la del caballero Ceruti, cónsul general de Cerdeña, debemos mucha parte de las precedentes noticias y otras que reservamos para el artículo de Alejan-

dria, si el director *del Museo de las Familias*, el público y nuestras propias fuerzas permiten que continuemos desempeñando tan difícil tarea.

F. SEPULVEDA.

LAS LAGRIMAS.

Hillel paseaba una noche estrellada por el jardin de las Olivas, acompañado de su discípulo Cadi, cuando este le hizo reparar en un hombre que á la luz de la luna se divisaba en una altura, y le preguntó lo que hacia.

—Es Zadok, dijo Hillel, que está sentado llorando en la tumba de su hijo.

—¿Zadok? replicó el jóven, ¿no puede dominar su dolor?... Y sin embargo, el pueblo le ha dado el nombre de sabio.

—¿Piensas tú que sea por tanto insensible á los sufrimientos? replicó el maestro.

—Pero si el sabio, añadió Cadi, no es dueño de sus afectos ¿qué diferencia hay entre él y el ignorante?

—Repara, dijo Hillel con voz solemne: las lágrimas de Zadok caen en tierra, pero sus miradas se dirigen al cielo.

MAXIMAS.

El egoismo es una especie de vampiro que quiere aimentar su existencia con la existencia de otros.

BALLANCHE.

Saber sentir, he aqui toda la educacion.

MAD. STAEL.

Las leyes penales, son inútiles para el hombre de conciencia y de honor.

RICHARDSON.



ANTIGUAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

ARTICULOS DEDICADOS POR EL AUTOR A LA SEÑORA DOÑA NATALIA BORIS DE FERRANT.

I.

De la introduccion y uso de los coches ó carruages en España.—

Opiniones sobre el año en que se introdujeron.—Reprobacion general de su uso y pragmáticas que lo prohibieron ó restringieron.

—Su prevalecimiento despues, y alabanzas antiguas en su favor, y quejas y declamaciones contra tal invento.

Los coches no se conocieron en España hasta mediados del siglo XVI. Parece imposible que hasta este siglo no usaran de ellos los hombres, siendo así que solo son carros perfeccionados, y estos se conocen desde los mas lejanos tiempos. Los griegos y romanos tenian aplicados los carros al servicio de la agricultura, imitando á otros pueblos mas remotos. Las carrozas triunfales ó carros adornados en que se conducian los vencedores al Capitolio, se mencionan ya en los autores mas antiguos. Los griegos y romanos usaron tambien de carros armados de lanzas, y con una especie de cortantes hoces ó guadañas, que causaban grande estrago en las filas de los ejércitos enemigos. Herodoto, Xenofonte, Tito Livio, Quinto Curcio, Diodoro de Sicilia, Apiano y otros los describen trasmitiéndonos el nombre de su inventor que fué Ciro.

No hablaremos de estas especies de carros, si solo de los coches propiamente dichos, que tan pronto como aparecieron, llevaron tras sí la reprobacion de nuestros bisabuelos, y que á pesar de todo fué invencion que se sostuvo, y que con notables variaciones en su forma ha llegado hasta nosotros al través de los tiempos.

Diferentes opiniones hay sobre el año en que empezó á introducirse el uso de los coches en España. Dejando aparte la comun tradicion no probada suficientemente, de que el que se vió por primera vez en la Península, fué el de la reina doña Juana la Loca, en el cual paseaba á su esposo difunto, y que dicen ser el que estaba en la real Armería (hoy en las Reales Caballerizas), aunque es cosa averiguada que aquel carruage es del tiempo de Carlos II; espondremos lo que se lee en algunos autores antiguos. Gonzalo Fernandez de Oviedo en su *Adicion ó segunda parte de los oficios de la Casa Real*, hablando del *caballerizo de las andas*, dice: «Que la «princesa Margarita, cuando vino á casar con el principe don «Juan, trajo el uso de los carros de cuatro ruedas, y que habiéndose vuelto viuda á Flandes, cesaron tales carros y quedaron las literas que antes se usaban.» Mendez Silva, en su *Catálogo real de España*, menciona que se vió en España el primer coche en el año de 1546. Pero consta por Fr. Prudencio de Sandoval en la 2.^a par., lib. 28., §. 36 de su *Historia del emperador Carlos V*, que por los años de 1546 aun no se usaban en España coches, y refiere mas adelante, que habiendo venido en tiempos del mismo emperador un coche, salian las ciudades enteras á verle, admirándose como de un centauro ó monstruo. Vanderhamen, historiador de don Juan de Austria, asegura que Carlos Pubest, criado del emperador, fué quien trajo el primer coche en 1554, y refiere como aquel principe iba á visitar en una carreta

TOMO VIII.

de bueyes con la duquesa de Medina á Nuestra Señora de la Regla en Andalucía. Lo mismo asegura, por haberlo oido contar á quien lo vió, el licenciado Luis Brochero, en su discurso problemático del uso de los coches, impreso en 1626, y lo refiere al año de 1560. Lo cierto es que fué su introduccion anterior al de 1534, pues un papel impreso en Sevilla á últimos del siglo, la refiere á unos treinta y dos años atrás, resultando por lo mismo el año de 1550, poco mas ó menos. Conocidas sus ventajas se multiplicaron de tal modo, que la reprobacion de su uso fué en aumento, sobre todo por las familias que no podian sostenerle con holgura, por no pertenecer á la nobleza ni á las clases acomodadas del pais. Bien es verdad que ocasionaron algunos daños estropeando las calles de todas las poblaciones, no á propósito para recibirlos como ahora; pero si hubo abusos de otros géneros en irreverencias con el Santísimo, atropellos y muertes, debe darse la culpa á la indole particular de aquella época, y no á la introduccion de semejante invento. Porque no se crea que las muertes de personas que ocasionaron los carruages en su principio, fuesen causadas todas por vuelcos ó mala direccion de los cocheros, sino que lo fueron por los lances y aventuras que se llevaban á cabo dentro de ellos, y á que daban lugar las costumbres libres, desenvueltas y galantes de aquellos tiempos.

Reprobado el uso y multitud de coches por la opinion pública que los calificaba de contrarios á las buenas costumbres, sobre todo en las mugeres, de invencion afeminada que hacia perder el ejercicio de la equitacion tan radicado en España, y de *vicio infernal que tanto daño causó á Castilla*, segun el citado historiador Vanderhamen; salieron á luz muchas peticiones de las córtes ó pragmáticas, algunas contradictorias, pero deseando todas su abolicion ó restricciones. Las córtes de Valladolid de 1555 pidieron la prohibicion de coches y literas. Lo mismo hicieron las de Madrid en 1563, y al cabo de diez años, las de 1573, pidieron que se prohibiesen los coches por lo costosos, por encarecerse las mulas, por usarlos gente de poca hacienda, y porque «los hombres, «y aun los muy mozos, andan en coches de rua por los lugares, cosa indecente y tan contraria al ejercicio de la caballeria en estos reinos.» En las córtes de 1575 y de 1576 se reprodujeron estas peticiones, pero solo se concedió por peticion de las de 1578 que únicamente se usasen coches con cuatro caballos propios. Las córtes de 1592 pidieron despues que se permitiesen los coches de una ó dos caballerias, y se concedió por la pragmática de 2 de junio de 1600, prohibiendo los de seis, no siendo para mas de cinco leguas. En las córtes, tambien de Madrid, de 1607, se pidió que se permitiera usar coches con cualquiera caballeria en todas las poblaciones que no fuesen córtes, esceptuando por lo mismo á Madrid, Valladolid, Granada y Sevilla, pues uno de los males que achacaban á los coches, era el estropeo de las calles y ornato público. Finalmente, en la pragmática de 3 de febrero de 1711, se lee lo siguiente: «En atencion al gran «número de coches en perjuicio de la caballeria, se prohíbe «que ninguno se haga de nuevo sin licencia del presidente «del consejo, y que se registren los existentes. Que ningun «hombre pueda andar en coche sin licencia real; que los dueños de coches no puedan prestarlos ni venderlos (esto sin «licencia del presidente); que nadie pueda andar en coche alquilado.»

El aliciente de la novedad hizo multiplicar en tan poco

tiempo los coches, que en ciudades de corta estension y poquisimo vecindario, se contaban ciento y doscientos coches. Cundió pronto la moda ó imitacion, luego que se construyeron buenos coches en España; siendo mayor su costa y sostenimiento que las rentas de muchos de sus dueños, quienes los sostenian solo por no ser menos que sus amigos y vecinos que iban en coches de dos, cuatro y hasta seis caballos. La ciudad de Granada, por ejemplo, encerraba en 1615 mas de doscientos coches, que rodaban cotidianamente por sus estrechas calles, causando atropellos é irreverencias con el Santísimo Sacramento, asesinatos y muertes. Esta poblacion fué una de las que se quejaron mas amargamente á Felipe III (y logró prohibición absoluta de coches) por el abuso de los que cruzaban sus calles y plazas, rompiendo los caños de las aguas y alcantarillas, y echando á perder su piso, que era un sucio y continuo charco de lodos. Y para que se vea la prevencion grande con que recibian muchas ciudades el uso de los coches, citaremos solo un caso. En la misma ciudad de Granada, el primer coche que hubo, fué uno del marqués de Mondejar; y á pesar de la preeminencia de este, no salia alguna vez á rodar que no antecediera el permiso del gobierno de la ciudad que le señalaba las precisas calles por donde debía de pasar y no mas.

Con todo, se inventaron coches de dos ruedas llamados *birrotones*, y carricoches y carros largos, para eludir las disposiciones de las pragmáticas, pero se prohibieron, permitiéndose solamente los de cuatro caballos, y los de mulas para los campesinos y gente de estado llano.—Por real cédula de 28 de junio de 1619 se dijo que una de las condiciones del servicio de los diez y ocho millones fuese permitir (como se hizo) el uso de coche de dos mulas, mientras no fuese en corte, á las personas que tuvieren tierra de labor capaz de veinte y cinco *huebras*.—Pero no accediendo los monarcas españoles á la mayor parte de las peticiones de las cortes, prevaleció el uso de los coches á la reprobacion pública; sobre todo, cuando admitiéndolo ellos mismos para su uso particular, no dejó vez alguna de ir en carruages la corte en todas las jornadas y fiestas públicas, durante los reinados de Felipe III y de sus sucesores.—Por los años de 1626 empezó á introducirse otra forma de coches al modo de carrozas romanas, variando despues á cada momento su forma.—Esperimentóse, pues, la insuficiencia de todas las medidas, y se permitió que cualquier persona pudiese traer coche como mejor le pluguiese, de dos ó de cuatro caballos, con tal que no hubiese en ellos telas, bordados, ni trencillas, ni guarniciones de seda, plata ni oro, ni que tampoco pudiese ser de lo mismo la cubierta del coche, y adornos de los caballos. Prohibióse tambien que se prestasen á nadie, y que llevasen en ellos sus dueños mas de sus criados é hijos menores de diez años.

Publicáronse, empero, libros y discursos, discutiendo los inconvenientes y las ventajas de los coches, con testimonios hasta de célebres médicos de la antigüedad, como Galeno, Avicena y otros, que á propósito ó por acaso sentaron en sus obras varios pareceres sobre la utilidad de los carros y literas de su tiempo. Amigos unos de este invento, se escudaban con la obra de Gimnástica de Gerónimo Mercurial, en la que prueba lo mucho que se usaron en Roma los carros y carrozas con gran utilidad para la salud, fuerza y valentia de los jóvenes romanos; y el permitir Alejandro Severo usarlas de plata á los senadores, segun Lampidio y Cujacio, y exigir los

emperadores Valente, Valentiniano y Teodosio, á los magistrados y grandes dignatarios, los llevaran en Constantinopla segun correspondiese á su clase. Finalmente, achacaban el clamoreo de los pueblos y quejas de los particulares á envidia, puesto que no podian negar la comodidad del cohe contra las inclemencias del tiempo, aplicándoles por lo mismo lo que dijo David en el salmo 7. *Concepit dolorem, et peperit iniquitatem*, pues del dolor de no poder usarle nació la envidia y la malicia, cerrando los ojos á la luz de la razon.

Deploraban otros, como hemos dicho, el perjuicio que resultaba al ejercicio de la gineta, y la debilitacion de las fuerzas físicas y morales que á su modo de ver tenia que sufrir el hombre con el uso del coche, y presentaban al público por modelo al duque de Berganza que rehusó siempre andar en coche, y que dijo *habia criado Dios los caballos para los hombres, é inventado estos los coches para las mugeres*.

No se crea, sin embargo, que cesasen las declamaciones contra los coches, cuya grande utilidad era poco conocida, pues no produciendo efecto la reprobacion de la mayor parte del público, ni las peticiones de las córtes, empezaron á quejarse los predicadores desde sus púlpitos, cual lo hicieron contra los trages en distintas épocas. No bastaron tampoco las quejas particulares de las ciudades en sus memoriales, sino que hasta en un libro impreso en Zaragoza en 1635, su autor fray Tomás Ramon, religioso aragonés, llegó á decir entre otras declamaciones que era *muy grande mengua anduvieren en coche hombres con barba y que ciñen espada*, y que merecian mas bien se les pusiesen al lado *sendas ruecas*.

En una pragmática del día 2 de junio del año 1600, se hallan entre otras disposiciones las siguientes:

«Otro sí, que ninguna muger que públicamente fuese mala de su cuerpo y ganare por ello, pueda andar en coche, ni carroza en esta nuestra corte, ni en otro algun lugar destos «nuestros reinos, sopena de cuatro años de destierro della «con las cinco leguas: y de cualquier otro lugar y su jurisdiccion adonde anduviere en coche ó carroza por la primera vez, «y por la segunda sea traída á la vergüenza públicamente, y «condenada en el dicho destierro.»

«Iten, que ninguna persona de cualquier estado y calidad «que sea, pueda ruar en coche alquilado, en esta nuestra «corte, ni fuera della, sopena de pagar el valor del, y de los «caballos, ó otras cualesquier bestias que lo traxeren.»

Finalmente, muy curioso seria un artículo en que presentando en grabados varios coches de distintas épocas, de los que hemos recogido algunas copias, se diese razon de las diversas formas que tuvieron desde su introduccion hasta el reinado de Carlos III y nuestros tiempos. En el mismo podria explicarse como debe entenderse el que *iban en el estribo* los principales personajes españoles, como los ministros duque de Lerma, conde-duque de Olivares y otros que nos refieren las memorias, papeles y relaciones de fiestas de los siglos XVI y XVII.

FLORENCIO JANNER.

INTERIOR DE LOS TALLERES ITALIANOS EN EL SIGLO XVI.

En el «Diccionario de los artistas» ha descrito Heineken el lindo y curioso grabado, que la forma de nuestra publicación nos precisa á presentar en dos mitades á nuestros lectores.

«Academia de dibujo, dice en la que el profesor se halla sentado á la derecha de una mesa, y detras de él Baccio en traje de caballero con su cruz en el pecho; hay otras tres personas á su lado; enfrente tres discípulos sentados dibujan al resplandor de una lamparilla, y al lado derecho se ven otros inmediatos á una chimenea, en el fondo de la cual arde otra lamparilla. Sobre la cornisa del artesonado hay diferentes modelos y un libro, en que se lee: *Baccius Bandinellus invenit. Enea Vigo Parmegiano sculpsit*. La plancha ha recorrido despues varios almacenes de estamperos.»

Heineken describe ademas otra academia de dibujo de Bandinelli: «El profesor está sentado á la derecha de la lámina al lado de un discípulo que dibuja, y tiene una estatua en la mano: un muchacho se ve á sus espaldas. Hay sentados á una mesa cinco discípulos que dibujan á la luz de una vela, y en la parte-baja de esta mesa se lee: *Academia di Bacchio Braudin in Roma, in luogo detto Belvedere, 1531*. Cuadro de grandes dimensiones grabado por Agustín Veneciano.»

La cruz de caballero de San Pedro que se ve en el pecho de Bandinelli y sobre la chimenea da á conocer claramente que el taller que reproducimos en nuestro grabado era el suyo. El papa Clemente VII le habia conferido el titulo de caballero de la orden de San Pedro, en recompensa de su bella composicion del martirio de San Lorenzo, admirablemente grabada por Marco Antonio. La fecha de esta gracia no deja lugar á creer que Bandinelli haya querido representar en la composicion que reproducimos, el taller de Belvedere que hizo construir para ejecutar la famosa copia del Laocoonte (1) del cual dibujó sobre madera el Ticiano, una perfecta caricatura en un grupo de monos. Nuestro grabado parece representar el taller del profesor en Florencia; el estilo sencillo y atrevido que domina toda esta escena de austero recogimiento traduce con dignidad y fielmente el profundo respeto que merecerá siempre la escuela de Florencia, madre de los primeros genios de Italia, tales como Giotto, Orcagna, Gozzoli, Malaccio, Donatello, fra Beceto, fra Bartolomeo, Leonardo de Vinci, Miguel-Angel, y Andres del Sarto.

Ningun sério admirador de los maestros del siglo XVI podrá mirar sin emocion este santuario del arte.

En esta humilde morada todo respira el culto de lo bello: ¡qué aplicacion! ¡qué recogimiento! ¡qué silencio! ¡qué verdadera dignidad resalta en todos los rostros! ¡qué contraste forma este espectáculo que imprime el respeto y sugiere las mas grandes ideas, con el tumulto, el desorden y la libertad de la mayor parte de los talleres modernos! Pero tambien ¡qué lejano se presenta el carácter elevado de las obras con que ha honrado el mundo el siglo XVI, puestas en competencia con la mayor parte de las de nuestros tiempos, hábilmente ejecutadas en la materialidad, mas desprovistas en un to-

(1) Esta copia fué encargada por Francia, pero el grupo de Baccio, agrado de tal modo á S. S. que le envió á Florencia, y remitió en cambio á Francisco I algunas estatuas antiguas.

do de inspiracion, de alma y de genio! Los mismos lienzos de segundo orden, los del siglo XV y XVI inspiran este mismo sentimiento de superioridad que constituye la mision de las artes.

Añadiremos que en el siglo XVI existia mas confraternidad, por decirlo así, y mas unidad en aquellas. Por una parte la filosofia, la historia, las letras, las matemáticas, eran estudios obligatorios para los jóvenes artistas: un pintor no se veia circunscrito, como hoy, á leer superficialmente algunas páginas de poesia ó de historia en el instante de ejecutar un asunto ó inspirado por su eleccion. Estos estudios tardios, ligeros é incompletos no pueden ocupar el lugar de los estudios primordiales, hijos de la vigilia, de la frecuente lectura y de graves meditaciones. Por otra parte, ningun artista se limitaba á un solo arte; todos estudiaban y practicaban á la vez la pintura, la escultura, la arquitectura, la fundicion de cañones y la construccion de plazas fuertes. Casi todos los pintores salian de los talleres de escultura, y es sabido que los mas ilustres escultores de Florencia habian hecho su aprendizaje en los talleres de platería; basta nombrar á Luca della Robbia, los Ghirlandajo, los Verocchio, los Polainolo, los Donatello, los Ghiberti, los Brunelleschi, los Benvenuto Cellini y el mismo Bandinelli, que antes de ser confiado á la direccion del escultor Rustici, amigo de Leonardo, habia estudiado mucho tiempo en la tienda de su padre Michelagnolo di Viniano, hábil cincelador, esmaltista, grabador y tornero.

«Baccio no tardó en patentizar, dice Basari, que preferia la escultura á la platería. En Pinzirimonte, granja que pertenecia á su padre, dibujaba las labores y los establos de esta posesion (1). Al mismo tiempo iba todas las mañanas á Prato, para copiar en la iglesia parroquial las obras de fray Filippo Lippi. Manejaba con suma destreza la punta, la pluma, el lapiz negro y la sanguinea; piedra blanda que procede de las montañas de Francia, y con la cual se puede dibujar con mucha facilidad.»

En Florencia, el dibujo, base soberana de todas las artes, ocupaba á los artistas desde su infancia; sus dias y sus noches trascurrian en los ejercicios continuos del dibujo; todos hubieran podido llevar, como Miguel-Angel, una linterna adherida á su frente. Los discípulos pasaban frecuentemente de un taller á otro; y los maestros, esceptuando acaso á Baccio Bandinelli, que fué el hombre mas aborrecido en Florencia y el mas detestable por su arrogancia, sus violencias y sus cobardias, amaron y protegieron con admirable solicitud á los discípulos herederos de sus tradiciones. Bien que Lorenzo de Médicis hubiese establecido en su palacio y en sus jardines de la plaza de San Marcos, una escuela de pintura y de escultura, reuniendo, merced á grandes dispendios, las mas preciosas antigüedades y confiando la direccion de esta escuela á Bertoldo, escelente discípulo de Donato, era especialmente en la intimidad de los artistas célebres donde los jóvenes aprendices buscaban la revelacion de los bellos preceptos del arte. Las Memorias de Benvenuto Cellini (esceptuando las que reproducen malas cualidades personales en su autor) dan una idea bastante enérgica de la vida llena de fé y de ardor de aquella juventud florentina, á quien desgraciadamente impelia en ciertas ocasiones el amor de la gloria hasta á la envidia mas brutal, como

(1) El Museo del Louvre posee en la coleccion de Baldinucci, algunos de estos dibujos de animales.

lo prueba aquel terrible puñetazo del Torregiano que aplastó la nariz de Miguel-Angel. El dibujo de Bandinelli es un admirable comentario de la hermosa parte de las Memorias de Cellini; se creeria casi reconocer en ellas entre sus ca-



ORTEGA
Taller de Baccio Bandinelli.

maradas á aquel orgulloso y turbulento platero que habia recibido sus primeras lecciones del padre de Bandinelli, y que pasó al taller de Marcone á la edad de quince años. «Era un brillante patricio, muy hombre de bien, noble y

«franco en todas sus acciones. Mi padre no quiso que me se- «elegí este arte voluntariamente. Quiso que yo pudiese dibu-
ñalasen un salario como á los demas aprendices, puesto que «jar sin trabas de ningun género. Lo hacia con mucho gusto,



—Dibujo del siglo XVI.

«y mi digno maestro estaba de ello loco de contento. Gracias «cos meses á rivalizar con los buenos, y hasta con los mejores
«á mi deseo de adelantar y á mis disposiciones, llegué en po- «artistas, y comencé á recoger el fruto de mis tareas.» Con

efecto, era costumbre que los artistas famosos que recibían en sus talleres á jóvenes aprendices les diesen un salario. De este modo disponían de ellos y de su talento, no escusándose de emplearlos en los trabajos mas delicados y de mayor consideración. (¿No se reconoce la mano de Miguel-Angel en la capilla de Santa Maria Novella, pintada por el Ghirlandajo?) Acompañaban á sus maestros de ciudad en ciudad, y los seguían hasta los países estrangeros.

Esta costumbre del salario, explica el pequeño contrato escrito de mano del padre de Miguel-Angel sobre los registros de Domenico Ghirlandajo, y que poseían los herederos de este último del tiempo de Bassari.

«1488. Yo digo el primer día de abril, que yo Ludovico, hijo de Leonardo de Buonarrotti, yo coloco á mi hijo Miguel-Angel en casa de Domenico y David, hijos de Tomaso di Curado, por los tres años próximos venideros, con la condición de que dicho Miguel-Angel debe vivir con los susodichos durante este tiempo, para aprender á pintar, para hacer sus estudios, y lo que sus maestros le mandaren. Los dichos Domenico y David, deben darle por espacio de estos tres años, veinte y cuatro florines de retribución; esto es, el primer año seis florines, el segundo año ocho florines, y el tercero diez florines, que componen en total la suma de noventa y seis libras.»

Se lee en seguida de este escrito debajo, igualmente de mano de Ludovico:

«El susodicho Miguel-Angel ha recibido este día, 16 de abril, dos florines de oro, y yo su padre, Ludovico, hijo de Leonardo, he recibido de él, en moneda contante, doce libras y doce sueldos.»

LOS SEIS CONVIDADOS.

LEYENDA ESTRANGERA.

Las crónicas del país chartrano en Francia abundan en leyendas y en historias fantásticas. Entre varias que tenemos á la vista, hemos escogido una muy popular, y que nos parece convenir á la índole del Museo.

El viento y la nieve en torbellinos sacudia con violencia los vidrios góticos del antiguo castillo de Croisy. Era el 3 de enero, y el día tocaba á su fin. La campiña parecía como envuelta en una mortaja, y el sombrío crepúsculo gris oscuro interpuesto desde la mañana entre el cielo y la tierra, se hacía mas tupido cada vez. Por todas partes reinaba la soledad y el silencio. El viejo castillo situado en la cresta de una roca y rodeado de desnudos bosques, ostentaba tristemente su bóveda y sus amenazadoras torres, del modo que un ave de rapiña se ostenta desde la llanura cerniéndose en los aires.

En un salon que daba vista al camino, estaba sentado el señor de Croisy al lado de una chimenea, en que comenzaba á extinguirse cubriéndose de cenizas, un fuego que se conocía se había cuidado mantener. En uno de los ángulos se descubría á su hijo Elrico, de pie y en actitud reflexiva. Elrico era de elegante apostura y contaría cosa de diez y siete años, poco mas ó menos. Su rostro, guarnecido de rubia y sedosa cabellera, ofrecía cierta combinacion de melancolía y altivez

que seducía. De cuando en cuando dirigía miradas á su padre, cuya fisonomía habitualmente fria y dura, se hallaba poseída en este momento de la mas viva impaciencia y contrariedad: sus cejas grises y espesas se aproximaban con frecuencia, merced á un movimiento rápido del entrecejo, y su frente ancha, tersa y devastada por la edad estaba surcada de dos grandes arrugas, que cada instante se hacían mas profundas. Estos síntomas habituales de una cólera comprimida estaban escitados por esa especie de irritación nerviosa producida en el que espera. Con efecto, el señor de Croisy esperaba hacia mucho tiempo, y acaso por la primera vez.

Ya hemos dicho que era el 3 de enero, y el señor de Croisy había convidado á una gran comida á todos los señores de la comarca, con objeto de celebrar en común la fiesta de los Reyes. Esto era, propiamente hablando, lo que se llama un acontecimiento, pues tal vez no se hubiera encontrado en cien leguas á la redonda un señor mas altanero y mas avaro que el baron de Croisy.... Y hacia ya una hora larga que esperaba, y todo conducía á sospechar que su espera sería vana. ¡Ni un caballero, ni un criado se había acercado todavía á aquel recinto! Todos aquellos señores á quienes había ofendido en mas de una ocasión, resolvieron vengarse de él afrentándole de esta manera? ¿Era una conspiración, ó el resultado de una casualidad inexplicable?

Mas de veinte criados habían ya sido enviados á diferentes parages, y los caminos y los senderos conocidos se exploraron sin resultado satisfactorio; ningún pie humano, ningún pie de caballo había estampado su huella sobre la superficie de la nieve, y la noche se iba presentando cada vez mas sombría....

Las ocho se oyeron en el reloj del castillo.

El señor de Croisy se levantó bruscamente y se puso á recorrer la sala con pasos precipitados.

—¡Hacerme semejante ultraje... á mí! murmuraba, ¡Oh! Ellos me lo pagarán caro!.... Y puesto que no han querido chocar sus copas con la mía, juro al cielo que he de obligarles á que choquen sus espadas con la mía.

La cara del viejo señor, al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, iba tomando una expresión de odio casi feroz.

—Padre mio, dijo timidamente Elrico, puede ser que vuestra cólera sea infundada.... Los caminos están de tal manera cubiertos de nieve, que sería una imprudencia aventurarse á transitar por ellos, y nuestros vecinos señores habrán tenido algun accidente desagradable.

El baron de Croisy, encantado de hallar un pretexto para apaciguar su cólera, se paró delante de su hijo.

—Es decir que yo soy injusto segun vuestro dictamen, ¿no es esto, buen señor? le dijo.

—Padre mio, se apresuró á contestar Elrico, ¡Dios me libre de haberlo pensado nunca!

Al cabo de algunos instantes volvió á decir el baron, como hablando consigo mismo:

—¿Será, pues, necesario entregar á los criados los privilegios de esta comida?

Esta vez el pensamiento dominante del baron acababa de escapársele, pues era aun mas avaro que orgulloso.

En este momento apareció un criado que vino á anunciar al baron, que una compañía de jóvenes caballeros, que la noche y la nieve habían separado de su camino, acababan de entrar en el patio pidiendo hospitalidad hasta el día siguiente.

—No han podido llegar mas á propósito, respondió el baron; no dudo que serán honrados caballeros, y puesto que mis caballeros me han faltado, estos ocuparán su lugar.... ¡Que pasen al momento á la sala del festin!

Apenas habian trascurrido algunos minutos despues de dada esta orden, cuando varios extranjeros entraban en la sala donde el baron y su hijo los esperaban. Eran seis jóvenes caballeros en traje de caza, y que no manifestaban estar fatigados por haber andado toda la jornada á traves de la nieve y los bosques, en un pais que les era desconocido: se presentaron como caballeros del pais normando. Convidados á dar la caza al jabali, en un bosque perteneciente á uno de sus amigos, se habian extraviado al terminar el dia.

Por lo demas su exterior y sus maneras correspondian perfectamente á esta asercion. Llevaban con cierta gracia fanfarrona un elegante vestido oscuro con botones de oro, cerrado por el pecho, y sujeto con un cinturon de cuero de donde pendia un cuchillo de monte, cuya empuñadura de asta de ciervo representaba una calavera. Calzas de piel de gamo encerraban sus piernas y sus muslos, á la par que revelaban sus proporciones elegantes y firmes; sus botines de cuero de Córdoba, iban adornados de espuelas de oro; una gorrilla de terciopelo, con una pluma negra y colocada con cierta gracia, acababa de dar á estas personas cierto aire de seguridad que no podia convenir mas que á jóvenes señores acostumbrados á mandar á los demas y á no dudar nunca de sí mismos.

Se sentaron á la mesa. La sala estaba magníficamente alumbrada, la mesa bien servida, los criados ostentando una rica librea, y todo, en fin, indicaba suficientemente las prodigalidades y el ceremonial de una comida de aparato.

—Caballeros, dijo el baron de Croisy deseoso de poner esta circunstancia en provecho de su orgullo; suplico que os digneis escusar la modestia de mi hospitalidad, y la frugalidad de mis manjares.... A nadie esperaba hoy....

Esta vanidosa mentira avergonzó á Elrico, quien se volvió para presentar su vaso al criado que se hallaba colocado á su espalda. Los jóvenes caballeros se miraron á hurtadillas y sonrieron, y los criados, advertidos sin duda por su amo, no hicieron la menor señal de sorpresa.

—Señor baron, respondió uno de los caballeros que parecia el de mas edad; vuestra hospitalidad es magnífica, y lo que vos llamais frugalidad motivaria la envidia de un monarca.

—Por mi barba futura repuso el que parecia ser mas joven, que voy á hablar muy oportunamente; mañana se celebra en todas partes la fiesta de los Reyes....

—Saquemos el haba, dijo otro, para saber quien de nosotros es el rey esta noche.

—Nosotros no reconocemos otro rey que al dueño de esta casa, añadió otro, y por lo tanto solamente á su salud beberemos. A la salud del poderoso baron de Croisy, el mas noble y el mas espléndido señor de la monarquia de Francia....

—Señores, interrumpió el baron con un aire de dignidad satisfactoria, cederé por esta noche con mucho gusto mi reino modesto, á aquel de vosotros á quien la suerte le favorezca, y mientras tanto bebo con regocijo á la salud de los que me acompañan.

Y diciendo esto, el baron presentó su copallena al huésped que se hallaba á su fuente; Elrico tendió la suya con cierta repugnancia; las palabras, y especialmente las mane-

ras de estos convidados tenian no sé qué de cinico que le causaba cierto desagrado. En el momento en que el baron chocó su copa contra la de sus huéspedes, sintió un sacudimiento violento, semejante á una conmocion eléctrica, y su copa se hizo mil pedazos como si hubiera sido herida de un rayo. El baron lanzó una horrible blasfemia, que hizo sonreír á los convidados..... porque uno de los pedazos de la copa habia herido ligeramente un dedo de su mano. Algunas gotas de sangre cayeron sobre el mantel, y se mezclaron con el vino que se habia derramado..... Elrico, situado detrás de su padre, palideció, y hasta el baron se quedó un tanto inmutado, pero se repuso al instante de su turbacion, y pidió otra copa.

—Vuestra señoria, habrá tocado inadvertidamente algunas hojas de peregil, dijo uno de los convidados; ¿lo veis? he aqui precisamente la causa de este accidente.

Y mostró en efecto sobre un plato de plata puesto al alcance del baron una corona de hojas de peregil colocada en derredor de un magnifico pescado.

Esta observacion pareció satisfactoria al baron, cuya fisonomia se cambió. Afectó desde este momento una extraordinaria alegria. Los convidados por su parte amenizaron su conversacion con espresiones cuya libertad hirió mas de una vez los oidos de Elrico.

Pronto apareció un criado y depositó sobre la mesa un gran plato con un hermoso pastel de un amarillo y dorado relucientes.

—¡El pastel! ¡He aqui el pastel del rey! ¡A mí el haba! exclamaron á un tiempo todos los convidados.

A una señal del baron, un joven page cogió un cuchillo y dividió el pastel en ocho partes, designando él mismo la parte que á cada uno correspondia; el baron por cortesia quiso que le nombrasen el último; pero fuese casualidad, fuese una diestra galanteria del page, el último lote confirió la monarquia del baron.

Al instante resonaron en la sala, mil vivas y aclamaciones.

Y acto continuo se oyó cantar lo siguiente debajo de la ventana.

En noche triste y solitaria
oímos silbar el viento;
la oscuridad nos aterra,
y en tan triste desconsuelo,
la luz de vuestras ventanas
alumbró nuestro sendero.
Ya no hay abrigo en la tierra
para el pobre, y hasta el cielo
nos oculta el resplandor
de sus radiantes luceros.
Nuestros pies están descalzos,
en desnudez nuestros cuerpos,
y el harapo del mendigo
solo puede guarecernos
de la enemiga intemperie.
Escuchad, señor benéfico,
que tranquilo os calentais,
dad limosna al pordiosero,
que á vuestra puerta se acerca
desmayado y macilento.

—¡Malditos villanos! exclamó el señor de Croisy encolerizado. ¡Hermosa letanía, ciertamente para un dia de festejo!

¡Bebamos, amigos, y gritemos para no escuchar semejantes salmodias!

—¡Bebamos, bebamos, á la salud del señor baron de Croisy! repitieron á una voz los jóvenes caballeros.

Pero cuando calmó un poco el ruido, las voces de fuera volvieron á entonar el siguiente canto:

¡Temed, si la maldicion,
de Dios, de los que murieron;
de vuestros antepasados
que moran hoy en los cielos;
la terrible indignacion
del carcomido esqueleto,
que abandonando su tumba

sale con su cráneo hueco
tan solo á reconveniros;
y si quereis que sus restos
descansen en santa paz.
dad limosna al pordiosero.
Con el funeral sudario,
que socorrieseis, dijeron,
al mendigo que se acerca
desmayado y macilento.

—¡Voto al cielo! murmuró el baron; yo no conocia esta cancion....

—Jamás la escuché yo tampoco, añadió Elrico, y creo que no es del pais.



El baron de Croisy y los seis convidados.

—Tampoco nosotros la hemos oido cantar en nuestro pais normando, dijeron los jóvenes caballeros bajando la cabeza con aspecto de embarazo.

Un instante despues tornaron á oirse las voces con acento mas suplicante.

Ya la nieve nos entume,
paraliza nuestros miembros,
nuestras frágiles rodillas
no pueden ya sostenernos;
para que os colme de bienes
y os proteja rogarémos
al Dios Todopoderoso,
fiel áncora de los buenos.

Cantaremos á Noé,
por vos, por los hijos vuestros,
y si partis á la guerra,
será nuestro débil cuerpo,
el temible baluarte
que os defiende del acero.
Pero socorred, señor,
al infeliz pordiosero,
que á vuestra puerta se acerca
desmayado y macilento.

—Padre mio, dijo Elrico, que se habia aproximado á la ventana, son dos ancianos.... ¿No podríamos tal vez socorre-

los con los restos de nuestro banquete? El uso, la costumbre de esta fiesta lo exige así....

—Soy de opinion, replicó el baron, que es una mala costumbre la de dar sus bienes á los mendigos.

Los dos mendigos volvieron á cantar:

Pero es en valde cantar,
pues mueren nuestros acentos
al estrépito ruidoso
del festin.... ¡ay, perecemos!
Apagan nuestros clamores
los ladridos de tus perros,
de esos lebreles que duermen
en mas descansado lecho,
y que aguardan del convite
la parte que no tenemos.

La suerte de tus lebreles
hoy la envidia el pordiosero
que á vuestra puerta se acerca
desmayado y macilento.

—¡Idos con los diablos, raza maldita!

Una risa general acogió esta exclamacion del baron, quien mandó á los criados que llenasen de nuevo las copas.

—¡El rey bebe! exclamaron á un tiempo todos los convidados: ¡honor al poderoso señor de Croisy!

Las frecuentes libaciones y los repetidos brindis trastornaron todas aquellas cabezas.... Escitado por la alegría general, el baron cogió de la mano á uno de los convidados, é imitando su ejemplo, los demas se pusieron á bailar en derredor de la mesa.... Solamente Elrico quedó pensativo en un ángulo de la sala.



Aparicion de los primeros señores de Croisy á Elrico.

En un instante en que el barón y sus huéspedes se detuvieron para refrescar y descansar, se oyó otra vez la voz debilitada de los dos ancianos, que decia:

¡Que nuestro aliento se apaga,
ved, señor, que somos viejos
y que el hambre nos asedia,
apiádate de los siervos
de tus estensos dominios
que te piden alimento.

¡Pan para el mendigo, pan!
este será el clamoreo
del anciano á quien insultan
el avaro y el soberbio.
Nuestras lágrimas se hielan...
No insulteis al pordiosero,

TOMO VIII.

que á vuestra puerta se acerca
desmayado y macilento.

—¡Estos bribones amenazan á su señor! dijo uno de los convidados.

—¡Vive Cristo! exclamó el baron exasperado; esta es ya demasiada insolencia..... Que castiguen á esos miserables si pronto no se retiran.

Uno de los criados salió para ejecutar las órdenes del baron... Pero ya los dos ancianos se habian retirado, y sin embargo se oian por intervalos las mismas voces que repetian á lo lejos y en el silencio de la noche la lúgubre conclusion de los anteriores versos:

Dad limosna al pordiosero
que á vuestra puerta se acerca
desmayado y macilento.

30

Elrico había salido sin ser visto para dulcificar las crueles órdenes de su padre, y distribuir sin que nadie lo supiera algunos socorros á los dos mendigos; pero ya era tarde..... Con el corazón comprimido y con el ánimo afectado de negros presentimientos, entró para rogar en la capilla. Una lámpara de hierro suspendida en medio de la nave ardía allí de noche y de día.... Era un mandamiento espreso, en su lecho de muerte, de uno de los señores de Croisy, á consecuencia de una vision estraña que tuvo una noche que rezaba solo en la capilla. Afirmaba que había visto salir de sus tumbas á todos sus antepasados con el traje y la cara que él los conocía, y que había asistido á un oficio de difuntos, dicho por uno de ellos que había sido religioso.... La señora de Croisy, esposa del héroe de esta aventura, había muerto precisamente en el momento que escuchaba la relacion que de esto la hacía su esposo, y desde este tiempo era una opinión acreditada en el castillo que esta misa mortuoria celebrada por difuntos, se renovaba constantemente el día mismo de cada fallecimiento que sobrevenia en la familia, á quien presagiaba infaliblemente la pérdida de alguno de los suyos. Solo el padre de Elrico afectaba despreciar esta creencia, y aunque tenía un capellan á quien pagaba, jamás había entrado en la capilla desde el día en que se celebró en ella su casamiento.

Elrico que gemía al ver la dureza y la impiedad de su padre, sintió en este instante la necesidad de pedir á Dios por él el perdón de las palabras impías que había pronunciado, y de todos los pensamientos de odio, de orgullo y de egoísmo que le habían agitado desde por la mañana. Arrodillado en un ángulo de la capilla con la cabeza inclinada hácia el pecho, se puso á orar con fervor. Una de las puertas vidrieras de la capilla había quedado entreabierta, y el cierzo entrando por allí, hacía vacilar la luz de la lámpara; las losas estaban húmedas y frías; pero ni el sople gemidor del cierzo ni las luces pálidas proyectadas en la oscuridad por los continuos balances de la lámpara, ni la humedad glacial que cubría las losas, ni aquellos mil ruidos siniestros y confusos que se oyen en el silencio de las noches de invierno, parecieron distraer á Elrico de su piadosa meditacion. Absorto en si mismo, y como abismado en las profundidades del amor divino, rogaba, rogaba y rogaba.

De repente una viva claridad pasó como un relámpago por delante de sus ojos. Elrico levantó la cabeza.... Semejante á aquellas exhalaciones fosfóricas que se escapan durante las noches de verano, en medio de los cementerios, una luz blanquecina salió por el extremo de un sepulcro, encima del cual permaneció un momento suspendida y temblorosa como si fuera detenida por un hilo invisible.... Despues de un instante se fugó, y acto continuo se oyó un suspiro ahogado debajo de la tumba.... La pequeña luz libertada de su lazo invisible, é impulsada sin duda por una corriente de aire, se puso á correr y á girar en distintas direcciones, como un pájaro que se fuga de su prision y no sabe á qué parte dirigir su vuelo.... Tan pronto se deslizaba como un sople, sobre las losas, tan pronto saltaba á través de las naves como un globo de fuego; algunas veces lucía brillante en un rincón oscuro.... Luego brincaba subiéndose hasta la cima de los pilares que encerraba en una espiral de fuego.... en seguida bajando, tornaba á comenzar su curso anterior, alumbrando la bóveda, azotando los vidrios, rasando por las cornisas, y alumbrando en su paso los cuadros colgados en la pared, ó se perdía en el cortinaje de las ventanas, alumbrando por

todas partes la lengua barba y la faz venerable de los santos que estaban de pie en sus nichos de piedra....

Al pasar reluciente y rápida por encima del altar, uno de los doce cirios que estaban ordenados se encendió de pronto como si hubiese tomado lumbre al contacto de una llama sutil.... y la luz misteriosa se encendió.

En el mismo instante otras once luces semejantes á la primera salieron sucesivamente de las tumbas entreabiertas, y vinieron á encender los otros cirios del altar. El santuario se vió alumbrado como en un día solemne. Los candelabros colocados en la nave de trecho en trecho se encendieron á su vez; los vidrios resonaban, y una claridad rojiza se esparció por toda la capilla.

Elrico asustado, confundido, ocultó la cabeza entre sus manos.

Despues de algunos minutos de un silencio profundo le pareció escuchar en su derredor un ruido sordo, que se fué aumentando.... Dos voces graves entonaron el oficio de difuntos.

Elrico levantó los ojos....

Las tumbas estaban abiertas y vacías. Un catafalco cubierto con un paño negro apareció en medio del santuario: delante del altar mayor estaba un sacerdote con mitra, que revestido de las demas insignias episcopales decia el oficio de difuntos. Como se volvía hácia los concurrentes pudo Elrico reconocer en él á uno de sus antepasados, al obispo de Lisieux: los otros que estaban arrodillados en el coro diferían en edad y en traje, aunque las principales facciones de sus caras tenían una semejanza evidente. Eran los doce primeros señores de Croisy, cuyos retratos adornaban la sala principal del castillo. Elrico los reconoció admirado y pronunciaba entre dientes el nombre de todos ellos.

—He aquí, decia, al señor Hugo mi bisabuelo, muerto en Palestina, al cual he admirado tanto durante mi infancia, y á su grande espada suspendida en las paredes de la sala de armas, y la que lleva hoy todavía....

Detrás de él veo á su hermano, el sabio y venerable prior de Morteau; tan sabio, que hizo para los monges de su convento una traduccion de la Biblia vulgar; tan venerable, que murió en opinion de santo. Se dice que había sido un gran pecador....

He aquí á mi tio Juan, apellidado el Gran Señor, que fué tambien un hombre grande en la guerra, y muy temido de sus enemigos; pero muy caritativo para con los pobres.

Elrico pasó sucesivamente revista á todos los miembros de su familia que habían sido enterrados en el castillo, y observó que llevaban todos en sus rostros señales evidentes de una profunda tristeza.

—¡Ay! suspiró Elricó, ¿quién debe morir hoy? Mis dos hermanas han tomado el velo; mi hermano ha partido para la guerra, desesperado por los malos tratamientos de mi padre.... De toda la familia nadie queda en el castillo mas que mi padre y yo.... ¡Dios mio! añadió, puesto que uno de los dos ha de morir, haz que sea yo la victima.

En este momento bajó el sacerdote del altar, y los demas personajes se levantaron y rodearon el catafalco. El prior de Morteau dió un paso hácia adelante, y levantó el paño mortuorio que cubria el catafalco....

El féretro se abrió solo.... estaba vacío.... Entonces alzando la voz exclamó el prior por tres veces. ¡Ya es tiempo! ¡Ya es tiempo! ¡Ya es tiempo! Apenas había acabado de ar-

ricular estas palabras por tercera vez, cuando un hombre atravesó el santuario dando la espalda á Elrico: parecia como que andaba con trabajo, llevaba sus dos manos cruzadas contra su pecho como para detener la sangre que salia de su corazon. Los concurrentes se apartaron volviendo la cabeza, y aunque el nuevo personaje parecia desfallecer, ninguno de ellos hizo el menor movimiento para sostenerle... El mismo se estendió en el féretro que se habia colocado sobre un plano inclinado, y echó sobre los concurrentes una mirada llena de terror.

Elrico lanzó un grito despedazador... acababa de reconocer á su padre..... Pero bien que este grito hubiese quedado en su garganta, bien que la atencion de los concurrentes no pudiera distraerse, estos no le oyeron... Su padre quedó inmóvil, y su cara livida no manifestó la menor emocion.... Sus ojos brillaban con una luz sobrenatural, y giraban en sus órbitas con espantosa movilidad.... Sus manos habian caido á todo lo largo de su cuerpo: su pecho abierto por una ancha herida dejaba ver su corazon atravesado y cubierto de sangre.

El oficiante comenzó el *De profundis*.... Los asistentes respondian....

Elrico traspassado de dolor, procuró en vano lanzarse sobre su padre..... Sus pies quedaron clavados en el suelo, y todo su cuerpo temblaba..... su sangre se helaba en sus venas, y un sudor frio se mezclaba con sus lágrimas.

Se oyó un quejido en medio del santuario... una muger á la cual Elrico no habia apercibido todavia, estaba arrodillada al pie del catafalco, y unia sus sollozos con la fúnebre letanía. Aunque marchitada por el dolor, su pálido rostro revelaba una grande belleza.

—¡Madre mia! ¡madre mia! exclamó Elrico al distinguirla; pero tampoco esta vez fué su voz oida, y ni pudo tender los brazos á su madre, quien tampoco le miró.

En el momento en que el sacerdote terminaba el último versículo se oyó un ruido espantoso en el castillo.... Un violento sacudimiento hizo que retemblasen los pilares de la capilla.... los vidrios se abrieron bruscamente y se quebraron al esfuerzo de un vendabal impetuoso..... Los cirios se apagaron.... y el silencio y la oscuridad reinaron de nuevo en la capilla, al través de la cual la lámpara suspendida en la bóveda continuaba sola en derramar su dudosa luz.... Por la mañana el capellan encontró á Elrico tendido sin movimiento con la cara contra las losas..... respiraba todavia y sus primeras palabras fueron pedir noticias acerca de su padre; mas el capellan bajó la cabeza sin responder. Tantas fueron las preguntas que hizo á los criados, que estos le dijeron que á eso de la media noche se habia oido un gran tumulto en la sala del festin, despues que salieron segun las órdenes del baron. Habiendo acudido al instante hallaron al baron próximo á espirar y con seis puñaladas en el pecho..... No se dudó que hubiese sido traidoramente asesinado por los seis caballeros estrangeros que habian desaparecido milagrosamente, lo mismo que los caballos encerrados en la cuadra.

Elrico buscó vanamente el cuerpo de su padre para hacerle enterrar en la capilla, pues tambien habia desaparecido despues que los criados asustados le dejaron para buscar socorro.

Varias personas avisadas pensaron que los seis jóvenes caballeros no eran mas que asesinos enviados por los convidados enemigos secretos del señor de Croisy; pero la opinion

general fué que los seis desconocidos no eran otros que el diablo en persona con cinco de sus acólitos, cuya última opinion ha prevalecido.

En cuanto á los dos mendigos que vinieron á implorar la



Los dos ancianos.

piedad del baron reclamando una limosna, nadie los conocia en el pais, y no se los volvió á ver mas.

¿No eran dos ángeles enviados por Dios para conmover el corazon del baron y procurar llevarle por el camino de la penitencia?

De cualquier modo que sea, el castillo de Croisy fué demolido por los herederos legitimos del último baron. Sobre el mismo terreno Elrico hizo edificar un monasterio cuyas ruinas subsisten todavia.

A. DE L.

LUIS JACOBEJO (1).

Hallábame yo una noche, hace algunos años, en casa de uno de nuestros mas célebres generales, y aun cuando no era dia de reunion habian ido á visitarle diferentes personas. Estábamos sentados junto al fuego y hablábamos con la mayor intimidad, cuando anunciaron á Mr. Luis Jacobejo, y vimos entrar acto continuo á un joven oficial de marina, de un porte muy distinguido. Lo vulgar de su nombre contrastaba de tal modo con sus modales, y el general y su muger le recibieron tan afectuosamente, que se fijaron en él las miradas de todos los concurrentes.

Este primer movimiento produjo un exámen de la persona de Luis Jacobejo, que le fué en un todo favorable; bien es verdad que era un hermoso joven de veinte y dos años cuando mas, de ojos negros y rasgados, color algo moreno, propio de las gentes de mar, y el aire franco y decidido de un

(1) El *Museo de Familias* francés acaba de publicar este artículo completamente inédito del célebre Federico Soulié, que traducimos, seguros de que ha de agradar á nuestros lectores.

arrogante mancebo, no siendo, en fin, menos digno de notar su traje que su persona.

Aunque no es nada fácil hacer gran alarde de elegancia con un uniforme de simple alférez, el de nuestro joven estaba tan bien cortado y tan perfectamente ceñido al cuerpo, que era imposible no advertirlo á primera vista. Preciso era que Luis Jacobejo tuviese algo de muy interesante, porque esa especie de revista que se pasa á toda persona que entra por primera vez en un salon, fué mas detenida que de costumbre, y por una casualidad bastante comun las miradas de cada uno se fijaron en una parte de su traje que no estaba en armonia con lo demas. Efectivamente, en el sombrero de negro y lustroso fieltro que Mr. Jacobejo tenia en la mano, se veia una vieja y pequeña escarapela tricolor, algo ajada y grasienta.

Advirtió el general esta circunstancia, y se la hizo notar en voz baja á su muger, que le contestó con una sonrisa dulce; mas apenas el joven oficial advirtió este movimiento, le salieron los colores al rostro.

No era ni el sonrojo de la vergüenza, ni el de la confusion el que cubrió las mejillas del joven, sino el de una modesta turbacion; y el general, viéndole en tal estado, le alargó la mano diciendo:

—Eres un buen muchacho, Luis.

La señora del general le alargó tambien su mano, que el joven besó lleno de respeto y ternura.

Este ligero episodio nos habia interesado á todos, y sin embargo nadie pensaba en pedir esplicaciones acerca de él. La llegada del joven militar habia interrumpido la conversacion, y ninguno parecia dispuesto á reanudarla cuando un oficial anciano que en toda la noche habia desplegado sus labios, se levantó de repente y dijo con una voz bronca:

—¿Es este vuestro Jacobejo, general? he aqui una verdadera escarapela.

Y sin esperar contestacion, tomó el sombrero de las manos del joven, y se puso á considerarlo atentamente. Al ver la accion del viejo oficial, hubiérase creido que tenia deseos de besarlo, y una lágrima rodó hasta su cano bigote mientras miraba la escarapela.

Este nuevo incidente avivó la curiosidad de todos; levantándose cada cual, examinaron la misteriosa escarapela, y algunos de los que se acercaron al general, le pidieron la explicacion de todo aquello.

—¡Ah! dijo este, es una historia bien sencilla.

—Es una historia magnífica, repuso el oficial anciano; si la señora generala quisiera referirla á estos caballeros y á estas damas, estoy seguro de que les haria llorar.

Insistieron todos; el general consintió en ello. El joven oficial fué de nuevo puesto en evidencia, y he aqui lo que oimos, de boca de la generala.

Cuando la entrevista de Napoleon con Alejandro, queriendo el primero de estos dos emperadores enseñar al otro las tropas que le habian vencido, dispuso que se verificara una gran revista. Recorria Napoleon lleno de complacencia las filas de su antigua guardia, cuando de repente se paró delante de un granadero que tenia en el rostro una cicatriz que partia desde la frente y se prolongaba hasta la mitad del carrillo. Centempló un momento lleno de orgullo, y designándole con el dedo al emperador Alejandro:

—¿Qué os parecen, le dijo, soldados que pueden resistir tamañas heridas?

—¿Y qué os parecen los soldados que las hacen? contestó Alejandro con una gran presencia de ánimo.

—¡Esos ya murieron!... dijo el anciano granadero con voz solemne, mezclándose por esta frase sublime en la conversacion de los dos monarcas mas poderosos del mundo.

Alejandro, que habia puesto con su respuesta en grande apuro á Napoleon, se volvió hácia él y le dijo con suma politica:

—Señor, sois vencedor por todas partes.

—Son hazañas de mi guardia, contestó Napoleon, haciendo un gesto de agradecimiento á su granadero.

Algunos dias despues de esta entrevista, paseábase Napoleon por los cuarteles de su guardia, pensando tal vez en la conquista de España, ó tal vez en el anciano granadero que le habia sacado de su apuro, cuando le apercibió sentado sobre una piedra, con las piernas cruzadas, haciendo saltar en sus rodillas á un chicuelo de año y medio ó dos años cuando mas. Detúvose el emperador delante de él, pero el viejo soldado no se levantó de su asiento, contentándose con decirle:

—Perdon, mi emperador; pero si me levanto, Jacobejo gritará como un barraco, y eso tal vez os moleste.

—Está bien, dijo Napoleon. ¿Te llamas Jacobo?

—Si, mi emperador, Jacobo, y he ahí porque llaman á esta criatura Jacobejo.

—¿Es hijo tuyo?

—No, mi emperador; su madre era una valiente cantinera á quien hace dos meses un tunante de un houlán dió un sablazo en la nuca mientras la infeliz echaba un poco de aguardiente á un pobre anciano, su marido, que acababa de perder una pierna. Ella murió de resultas del golpe y por eso este niño es huérfano.

—¿Y tú le has adoptado?

—Yo y los demas. Le encontramos inmóvil en la mochila de su madre, rabiando como un ginete á pie, y con la tripa tan vacia como un cañon de órgano. El anciano, que vivió algunas horas, nos refirió como su madre habia sido muerta en vuestro servicio, y entonces todos adoptamos el chicuelo; pero como yo fui el primero que le descubrió, á mi me han encomendado su educacion.

Consideró Napoleon un momento al granadero, que proseguia dando á Jacobejo una leccion de equitacion sobre su pie, y le dijo en seguida:

—Te debo algo, Jacobo.

—¿A mí, emperador? Vos me habeis dado la cruz por esta cuchillada, de modo que yo soy quien os debo á mi vez.

—Es por lo que dijiste al emperador Alejandro, añadió Napoleon.

—¿Quizá le diria alguna necedad, y se ha quejado de mi á mis gefes?

—Nada de eso ciertamente, dijo Napoleon; al contrario, quiero recompensarte. ¿Qué deseas?

—Qué diablo, respondió Jacobo, nada necesito para mí; mas supuesto que quereis hacerme alguna fineza, dad algo á este chico; eso le acarreará buena suerte.

—Con mucho gusto, añadió Napoleon.

Jacobo se levantó entonces, tomó al niño en brazos y se acercó á Napoleon mientras que este buscaba en sus bolsillos algun objeto que dar al chicuelo. No encontró al pronto mas que algunas monedas de oro, las cuales guardó inmediatamente porque no era con aquello con lo que se habia sabido.



grangear el amor de sus soldados. Buscó aun otra vez, y solo hallaba papeles en sus bolsillos cuando tropezó con su caja de rapé, y sacándola del chaleco donde la tenía se la alargó al tierno Jacobejo. Jacobo se echó á reír al ver la caja y dijo:

—¡Es ocurrencia dar una caja de tabaco á un niño que aun no toma polvo!

Iba á contestar el emperador, cuando sintió que le andaban en su sombrero. En efecto, el niño que estaba en los brazos del granadero, habia metido la mano entre la presilla y enredaba con la escarapela.

—Mirad, emperador, dijo el granadero, el gatuelo es mas fino que nosotros, y hace como vos, toma lo que le parece mejor.

—Pues bien, repuso Napoleon, que la guarde; y él mismo, quitando la escarapela de su sombrero se la dió al niño, al que decia Jacobo haciéndole saltar en sus brazos:

—Vamos, haz ver al emperador que sabes hablar. Y el niño risueño y batiendo las palmas con sus manecitas, tartamudeó dulcemente esta palabra: ¡viva el emper....!

Desde aquel dia Jacobo hizo muchos viages: regresó á Paris, fué á Madrid, volvió á Viena, llegó hasta Moscou, y acompañó á Napoleon hasta la isla de Elba. Jacobejo formó parte de todas estas expediciones; armado con su sablecito, y llevando sobre la oreja su gorra de cuartel, acompañaba por do quiera al granadero, tocando ya el pito como un ruiseñor. Jacobo que amaba y honraba al emperador como á su madre y á su patria, infundió á Jacobejo el mismo amor y respeto.

Hallábase el granadero muy apurado acerca del medio que emplearia para hacer llevar siempre la escarapela al chicuelo, hasta que se le ocurrió la idea de meterla en un medallon que le colgó al cuello diciéndole:

—Oye, Jacobejo, todos los dias cuando te encomiendes á Dios, te encomendarás tambien á esta reliquia, y cuida de que no te se olvide porque de lo contrario te haré bailar sin gana.

Dicho y hecho; diariamente por espacio de ocho años, Jacobejo se arrodillaba delante de su escarapela y rogaba por su padre Jacobo y por el emperador.

Estos ocho años bastaron para que la Francia llegase al colmo de la gloria y del poder, y para sumirla tambien en los reveses. ¡Napoleon fué desterrado á Santa Elena, y licenciado el ejército; el buen Jacobo, lo mismo que los demas, fué despedido con su cruz y su pobre Jacobejo. Luis, que tenia entonces nueve años y empezaba á comprender la desgracia, me ha referido con frecuencia que lo que mas le dolia era el ver á su infeliz padre, que algunos meses antes hacia marchas forzadas de quince y veinte leguas al dia, con su fusil al hombro y la mochila á la espalda; caer casi muerto de fatiga al cabo de pocas horas de camino, entonces que solo llevaba un pequeño lio de harapos y un palo en la mano. El pobre granadero se iba debilitando de dia en dia, y con frecuencia pasaban ambos crueles noches en miserables establos: Jacobejo recogia los restos de paja que dejaban caer los mozos de la cuadra, para tapar al viejo granadero: le velaba por las noches, y le daba la mitad de los mendrugos que recogia de la caridad de los posaderos; pero al fin la debilidad de Jacobo fué tal, que se vió precisado á detenerse en una cabaña abandonada, en donde el misero soldado vencido por el dolor exclamó:

—¡Jacobejo, un poco de aguardiente, que me muero!

El pobre niño se echó á llorar con todas sus fuerzas, y en seguida salió á la orilla del camino á pedir limosna, pero nada recogió. Completamente desesperado, ocurrióle una

idea inspirada por la desgracia. Púsose de rodillas, sacó el medallon de su pecho y empezó á gritar medio sollozando: —¡Dios mio! ¡Dios mio! un poco de aguardiente para el padre Jacobo.

En aquel momento se acercó un caballero á Jacobejo y le hizo varias preguntas á que contestó el niño, refiriéndole su historia, con los ojos llenos de lágrimas, y concluyó diciéndole:

—El padre Jacobo me ha prohibido el separarme jamás de esta escarapela, me ha dicho que ella me protegeria, que ella baria mi felicidad, que ella era mi tesoro; y ciertamente primero me dejaria cortar un brazo que perderla; pero sin embargo, en este momento os la doy si me quereis dar dos cuartos, porque con ellos podré comprar aguardiente al padre Santiago.

Enternecido el extranjero, contestó al niño:

—Ese á quien acabas de implorar, ha dejado en Francia algunos soldados viejos que dividirán sus beneficios con su anciano camarada; condúceme adonde está Jacobo. Y este hombre....

—Este hombre bienhechor, exclamó el jóven oficial de marina, interrumpiendo á la señora del general, este hombre bienhechor me tomó en sus brazos; á mí, pobre mendigo; hizo trasladar á Jacobo á su palacio, le volvió á la vida, asegurándole su existencia; y á mí, triste huérfano, me hizo educar como á hijo suyo, no pasando un solo dia sin que me dispense un nuevo beneficio.

El jóven marino se echó á llorar al pronunciar estas palabras, y como el general y su muger le tenian agarradas las manos, sus lágrimas caian por su hermoso rostro: el general entonces exclamó á su vez:

—No has acabado la historia, Luis; te-olvidas decir que te prometí devolverte la escarapela el dia que volvieres con una charretera ganada del modo que nosotros ganamos las nuestras. Ahora, ya lo veis, la escarapela está colocada en su sombrero, porque se ha encontrado en la toma de Argel, de donde su capitán, que le recibió de cadete, me le devuelve ya oficial.

Al pronunciar estas palabras, el valiente general abrazó á su hijo adoptivo. Aquella escena nos enterneció á todos.

Entonces el anciano oficial murmuró enjugándose los ojos:

—Bien os habia yo dicho que no podriais menos de llorar.

FEDERICO SOULIÉ.

DE ESCLAVA A EMPERATRIZ.

Episodio histórico original.

(Conclusion.)

XVI.

Despues de permanecer algun tiempo abrazada Catalina á su hermano,

—Ven, le dice, voy á presentarte al emperador, á mi esposo.

Corrió con él á la cámara del czar, y no estaba, ¿dónde hallarle? se decia; pero esperemos, repuso con tranquilidad; si, esperemos; en tanto vé á ponerte otro traje, y vuelve, corre, hermano, corre....

Al separarse, lloraban los dos de ternura.

Catalina se dirige pensativa á su cuarto, en el que entra sin reparar en quien la esperaba. Tan distraida caminaba, que solo al tropezar con Moens reparó en él. Retrocede sere-

na, y tomando un aspecto de verdadera dignidad soberana, le dice :

- ¿Ignorabas fuese esta mi cámara?
- No, señora; pero os interesa lo que tengo que decir.
- Prescindiré de la etiqueta, hablad.
- Vuestro esposo, mi augusto amo, está resuelto á no volveros á ver, y á que salgais al momento de San Petersburgo.
- ¡Mi esposo!.... ¡desterrarme! yo salir.... ¡oh! estás loco.
- Señora, dice que tiene motivos poderosos....
- ¡Motivos poderosos! ¿cuales?
- Vuestra infidelidad.
- Ja, ja, ja....
- Mirad la orden, señora.
- ¡Cielos!
- El carruaje está á la puerta con la escolta; pero puedo evitarlo, y hacer os quedeis; mas con una condicion.
- ¿Cuál?
- Vuestro amor.

—¡Moen!.... lo comprendo todo. Me has calumniado, y has arrancado esta orden á mi esposo, ¡le has engañado! pues mira, lo mismo que hago pedazos este decreto, puedo hacerte á ti, porque aun soy tu soberana: ¡de rodillas, miserable!

En aquel momento entró el czar, que habia escuchado las últimas palabras de su esposa. Su primer pensamiento fué arrojarle sobre ella, y maltratarla; pero se contiene: diríase á un espejo, empieza á hacerlo á sí mismo, y la dice (4):

—Lo mismo que reduzco esto á polvo, puedo volverte á ti á la nada de donde te he sacado.

—Y ¿qué has ganado, contesta con asombrosa serenidad Catalina, con destruir el mejor adorno de tu palacio?

Esta contestacion sorprendió al czar. No sabia qué responder á ella, y se disponia á marcharse con Moens, cuando entra precipitadamente Skavroukys, gritando: Marta! ¡Marta! ¡Catalina! y al reparar en el emperador, se descubre é inclina su cabeza sin atreverse á levantarla.

—¿A qué esos gritos? le pregunta el czar.

—Señor, he visto un carruaje á la puerta, y he oido que era para Marta, ó Catalina, que iba desterrada, y subi corriendo, porque no lo he creido; no, no puede ser, es imposible, la emperatriz no va desterrada.

—¿Lo impedirás tú?....

—Si no lo puedo impedir, iré con ella....

—Ese insulto mas, villano.... delante de su esposo, delante de mí....

—Si, no la abandono, no....

—La seguirás, y á la Siberia, dijo Pedro encolerizado....

—Aunque sea á morir te seguiré.... hermana.

—¡Su hermana!.... exclamaron el czar y Moens.

—Si, mi hermano, añadió Catalina con toda su inesplicable dignidad. Aquel hermano por quien os pregunté, cuya presencia he deseado y al que ahora puedo estrechar entre mis brazos, y delante de mi esposo, porque él tambien puede abrazarle.

Ejecutó lo mismo que decia; y la vista de esta escena desarmó completamente al czar. Conocia la sinceridad de su esposa, la nobleza de su alma, y aquella accion que acabó de ejecutar no podia ser interpretada maliciosamente. Medio avergonzado y confuso, se acerca á Catalina, y la dice:

—Perdóname; me dijeron era tu amante....

—¿Quién osó?... ¡ah! ya sé.... el que quiere serlo.

—¿Quién?...

—Mirale avergonzado....

—¡Moen!....

—Señor, exclamó cayendo de rodillas á los pies del czar.

—Huid de mi vista....

—Si, que huya, y perdonadle, que yo tambien le perdono. Soy inocente, Pedro, y digna de tí.... Salgamos de aqui, salgamos....

Solo Moens quedó aterrado en la cámara de Catalina.

XVII.

Pedro el Grande paseaba con marcada agitacion en su cámara. Sus pasos eran desiguales; unas veces precipitados y largos, otras cortos y pausados; parábase de pronto; dirigia á todas partes sus inquietas miradas; y de cuando en cuando dejaba caer lánguidamente su cabeza quedando pensativo, y comenzaba luego repentinamente á pasear pronunciando palabras incoherentes.

Prolongábase situacion tan terrible, y abrumado de cansancio y de dolor se sentó en un sillón delante de una mesa. Apoyó en ella ambos codos, y ocultó el rostro entre las manos. Asi permaneció un instante, y como iluminado por una idea, se levanta diciendo:

—Si, estoy resuelto.... salvemos el honor de mi esposa y el mio.

Vuelve á sentarse, coge una pluma, y escribe la siguiente orden:

«Estando prohibido á mis servidores recibir presentes de ninguna especie, y habiendo infringido esta ley el gentil-hombre Moens de la Cruz, le condeno á ser decapitado, colgándose su cabeza de un garfio en la plaza pública. Su hermana Balec es condenada á recibir de mano del verdugo once golpes de knout, y los dos hijos de esta, gentil-hombre el uno y page el otro, serán degradados y enviados en clase de simples soldados al ejército de Persia.—San Petersburgo, etc., 1724.—YO EL EMPERADOR.»

Llamó y entregó esta orden para que se la diera cumplimiento al instante.

Al mismo tiempo entró Catalina, á quien no se ocultó el contenido de la orden que llevaban de su esposo. Acercóse al emperador, echóse á sus pies, y con los ojos bañados en lágrimas, pidió el perdón de Moens.

—Catalina; ¡tú pedirme por Moens! la dijo su esposo.

—Si, porque no quiero que se derrame sangre por mí.

—No es por ti, es por nuestro honor.

—Está puro, Pedro.... te lo juro.

—Lo creo, esposa mia, lo creo; pero es preciso que muera ese hombre malvado.... y no solo le castigo á él, castigo á su hermana y á sus hijos....

—¡A su hermana!.... es inocente....

—No, auxiliaba á su hermano.

—¡Oh, no, gracia para ella; salvadla la vida!

—Si, la salvo la vida.... solo recibirá los golpes.

—Morirá de ellos, es muy horrible ese castigo.

—No recibirá mas que once....

—No, no, perdonadla, señor.... la van á matar....

—No, levántate....

—Conceded esta gracia á vuestra esposa; en nombre de nuestro amor, os lo pido.

—Bien, no serán mas que cinco....

(4) Histórico.

- ¿Y á sus hijos?
 —Los perdono....
 —¿Y no perdonais á Moens....
 —No.... levanta.... Déjame solo.

Salió Catalina, y el czar quedó nuevamente entregado á sus reflexiones, despues de revocar la sentencia en la parte espresada, en cuya forma tuvo exacto cumplimiento.

XVIII.

—Ese empeño de pedirme gracia por Moens, ¿si será interesado? se decía á sí mismo el czar. ¡Qué idea tan horrible!... pero no, no es solo una idea. Siento en mi corazon un fuego que me abrasa.... siento una inquietud que me atormenta.... ¡Oh! ¿si tendré celos?.... ¡celos! ¡qué horror!.... y se cubria la cara con las manos como si tratara de ocultar su vergüenza.... ¡Celos!.... exclamaba despues de una breve pausa. ¿Es posible que de esas sublimes afecciones que Dios ha dado á las criaturas, nazca esa pasion que nos embrutece, que nos ofusca, que nos ciega y nos sume en esa bárbara esclavitud á la cual queremos ligar el objeto que amamos? ¿Qué pasion hay en el mundo mas horrible que los celos? Persiguiéndonos como el remordimiento de una conciencia impura, como el fantasma que nos aterra, va siempre á nuestro lado como nuestra propia sombra, y esta nos asusta como la realidad misma del objeto que se teme. En vano busca uno la tranquilidad que anhela; en vano quiere uno leer en el corazon que se ama; en la calma está el recuerdo de los celos.... en el corazon que amamos, vemos siempre otro amor que el que buscamos.... Esto es horrible.... ¡Dios mio!—Pero qué, ¿me dejaré vencer por esa pasion miserable? No, no.... vamos á luchar frente á frente con ella; vamos á vencerla....

Dió una voz, y dijo al que acudió al oírlo:

—Decid á la emperatriz que se disponga para salir con su esposo.

A los pocos minutos salian de palacio Pedro y Catalina. Esta ignoraba la direccion del paseo; el objeto del czar no era otro que el de pasar por donde estaba colgada la cabeza de Moens, para observar la sensacion que la causaba este espectáculo.

Llegan en efecto al sitio, y en cuanto vió Catalina el horroroso cuadro que se presentó á su vista, exclamó con la mayor tranquilidad:

—¡Qué horribles consecuencias tiene la ambicion!

Sonrojóse Pedro en aquel instante al comprender el ofensivo juicio que habia formado de Catalina, mas digna de su amor que de sus injustas sospechas, y encaminándose á palacio sin hablar una palabra, dejó á su esposa y se retiró á su cámara citando á ella á los principales cortesanos.

XIX.

Al entrar Catalina en su habitacion, cayó en un sillón abismada de pesadumbre.

—¿Qué objeto se habrá propuesto mi esposo en llevarme á contemplar la cabeza de Moens? decía.... ¡No haberme hablado luego una palabra! ¿si me culpará de su muerte? si dudará de mi fidelidad? ¡Qué terrible situacion es esta!... aquel silencio de mi esposo.... aquel embarazo con que respondia con monosílabos á mis preguntas.... No hay duda, algo le sucede, algo maquina, pero.... ¿en qué he delinquido? ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Abismada en su dolor, enmudeció, y quedóse pensa-

tiva, como si se hallara presa de un invencible letargo.

El czar, rodeado de todos los nobles de su corte, vino á interrumpirla. Acercóse á Catalina, y con la cabeza descubierta, la dice:

—Señora: mañana vendré con mi corte por V. M. para presentaros en público, para lo cual estareis vestida con vuestras mejores galas.

Sin darla tiempo para contestar, se retiró el czar con sus cortesanos, quedándose sumida Catalina en la misma incertidumbre y en la misma inquietud.

La noche fué horrible para ella. En continuo desvelo, pudo oír la bulla no interrumpida de millares de obreros que trabajaban en la plaza del palacio levantando un tablado y multitud de graderías. Muchísimo antes de amanecer aturdió por toda la poblacion el ruido de las músicas, de los tambores y trompetas de los cuerpos que en ordenadas filas se iban colocando en los alrededores de palacio, aumentándose el ruido de las armas con el imponente silencio de los soldados.

Catalina no comprendia nada de lo que pasaba.

Al amanecer entraron sus damas á vestirla. En vano trataba Catalina de leer en el semblante de sus camaristas sucesos que no comprendia; sin atreverse á interrogarlas, permanecía padeciendo entre el temor y la duda, y se dejó vestir sin cuidarse de los adornos que la ponian, pues ni aun solia contestar, y lo hacia de un modo incoherente cuando la preguntaban por la eleccion de alguno.

XX.

Acabado el tocado de Catalina, estaba radiante de hermosura. Faltando á su fisonomía el aspecto risueño de sus inquietos ojos, daba mayor dignidad á su belleza la melancolia de sus miradas, y aquella tintura de sublime tristeza que se retrataba apenas en su semblante.

Al saber el czar la conclusion del tocado de su esposa, se presentó con un nuevo y elegante traje de guerrero armado de pies á cabeza, precediendo á una compañía de *Caballeros de la Emperatriz*, que inauguraba su servicio en este dia.

Saludó Pedro cortesmente á su esposa, y asiéndola de la mano la condujo hasta el estribo de una magnífica carroza, á la cual subió sola. El czar, al frente de la nueva compañía de que era capitán, marchaba á pie delante de la carroza, á la cual seguia toda la nobleza en lujosísimos trenes, y una inmensa escolta de gefes militares, grandes funcionarios y algunos escuadrones de las mas lucidas tropas. La carrera hasta la iglesia primada, que era adonde se dirigian, estaba enarenada: las paredes colgadas de ricos tisues y magnificas pieles. Dos hileras de soldados contenian con trabajo la muchedumbre de paisanos, que se agolpaban impacientes á presenciar aquella ostentosa procesion, cuyo objeto ignoraba.

Y ¿cómo no lo habian de ignorar sino lo sabia la misma interesada? En medio de tanta magnificencia como rodeaba á Catalina, en medio del lujo deslumbrador que la ofuscaba, luchaba interiormente entre el temor y la esperanza. Tan pronto se creia en triunfo, como marchando al suplicio lo mismo que las victimas que conducian en la antigüedad adornadas de flores y con triunfante aparato.

Al dar vista á la iglesia primada de San Petersburgo, no dudó se dirigian á ella por las señales exteriores que lo anunciaban.

El czar llegó el primero, ordenó su compañía, y se adelan-

tó á recibir á su esposa, conduciéndola al trono que estaba preparado. Colocóse él á su lado como guardándola, y así permaneció durante la ceremonia religiosa que efectuó el patriarca. Terminada, se adelantó el emperador al altar, cogió la corona imperial, y acercándose á Catalina, que postrada de hinojos, oraba fervorosa al Señor, la dijo colocando la corona sobre sus sienes:

—Esta corona imperial, gloriosa herencia de mis mayores, es el premio que Dios concede á los servicios que has prestado á la Rusia, y á tu virtud.

Catalina no pudo resistir la profunda emoción que le causaron aquellas palabras, y cayó derramando lágrimas á los pies del czar queriendo abrazarlos. Impidióselo, y elevándola sobre las gradas del trono, exclamó con voz enérgica:

—Nobles y plebeyos, rusos todos, reconoced, jurad y prestad pleito homenaje á la emperatriz Catalina I.

—Viva Catalina I, gritó el rey de armas.

Y millares de voces contestaron prolongándose su eco hasta los mas apartados extremos de la ciudad.

Al salir de la catedral hizo el emperador que prece-

diera á Catalina un heraldo conduciendo el cetro y el globo.

Volvieron á palacio en el mismo orden que salieron, acompañada además Catalina con el no interrumpido clamoreo de los victores del pueblo.

Aquel día y los quince que siguieron se pasaron en funciones dignas de la magnificencia imperial.

Al siguiente año, á las cuatro de la mañana del 28 de enero de 1725, murió el czar Pedro el Grande, quedando Catalina encargada del gobierno del imperio.

Nombró primer ministro á Menzikoff, su antiguo señor; tuvo á su lado á Balc, hermana de Moens; y la gran Catalina I prosiguió la colosal empresa de su esposo Pedro el Grande, hallándose colocada aquella extraordinaria muger en el catálogo de las reinas mas célebres del mundo.

Semiramis en la guerra, era Minerva en la paz, y su novelesca historia, nos enseña que nada hay extraño para el fecundo genio de la muger, ese ser de tan ardiente é inquieta imaginación.

A. PIRALA.



Señor, exclamó cayendo á los pies del czar.